

Lou Carrigan

EL JARDIN DE LOS DIFUNTOS



eb

LOU CARRIGAN

EL JARDIN DE LOS DIFUNTOS

Colección LA HUELLA n.° 124
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 217 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta Colección: marzo, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

—Nathaniel —apostrofó Rose Palmer entre risas—. ¡Eres un completo sinvergüenza!

—¿Un sinvergüenza? —protestó Nat Palmer—. Vaya, tía Rose, no eres muy amable conmigo, francamente. ¿Qué culpa tengo yo de ser un muchacho tan atractivo?

Rose Palmer volvió a reír. Estaba pasando una velada de lo más sensacional con su sobrino. Lo cual no era nada nuevo, ciertamente. Cada vez que Nathaniel la visitaba, era fiesta en la mansión de la Quinta Avenida neoyorquina. Tan alto, tan guapo y tan granuja, la compañía de Nathaniel era una auténtica delicia para la anciana dama. Y sus anécdotas eran tremendas. ¡Tremendas!

—¿Y qué hizo la morenita entonces? —preguntó siempre riendo.

—Bueno… Ella estaba bastante furiosa, así que, como ya habíamos terminado la partida de tenis, decidí esfumarme. Me fui a los vestuarios, me duché, me vestí de calle, charlé con algunos amigos… Al salir, ya ni me acordaba de la morenita. Pero… ¡No te lo vas a creer, tía Rose! ¡Ella estaba allí, esperándome!

—¡Y te arañó!

—No, no… Me gritó: «Nat, si no te casas conmigo… me suicidaré…». Fue terrible, te lo aseguro.

—No me cabe la menor duda. ¿Qué hiciste tú entonces?

—¿Yo? Bueno… Le di la dirección de un amigo mío que dirige una empresa de pompas fúnebres.

Tía Rose estalló en una sonorosísima carcajada, que se prolongó tanto que Nat tuvo que acercarse a ella y darle unos golpecitos en la espalda. Luego, le sirvió más champaña, le ayudó a beberlo, y así, la garganta de tía Rose se descongestionó un poco.

—Ay, Dios mío —gimió, después del champaña—. Ay, Dios mío,

qué sinvergüenza eres. Oh, santo cielo… ¡Espero que la pobre chica no se suicidase, Nathaniel!

—No, no, no…, Ahora es novia de mi amigo.

—¿De veras? ¿De qué amigo?

—El de las pompas fúnebres.

Rose Palmer quedó estupefacta. Luego, sus ojos se desorbitaron, su boca se crispó en el principio de una gran carcajada, y de nuevo, en pocos segundos, el magnífico salón se llenaba con sus risas.

Hizo falta más champaña con lo que tía Rose comenzó a llegar a su límite de aquella noche. Luego, todavía riendo por lo bajo, con los ojos llenos de lágrimas, contempló a «aquel granuja y desvergonzado descendiente de los Palmer».

—Nathaniel, deberías casarte —aseguró.

—¡Wooaahooo…! —aulló Nat—. ¿Qué tienes contra mí, tía Rose?

—Un chico tan guapo, tan apuesto y simpático como tú, estando soltero es un peligro público.

—Denúnciame a la policía.

Rose Palmer volvió a reír. Y aún estaba riendo cuando apareció Percy, el mayordomo, precediendo a un hombre que casi lo apartó para introducirse en el salón, mascullando:

—Está bien, ya me conocen, Percy… Menos protocolo.

Percy recuperó el equilibrio, y, muy dignamente, cuando ya el recién llegado se inclinaba sobre la tendida mano de Rose Palmer, anunció:

—El doctor Sherman, señora.

El doctor Sherman acabó de besar la mano de tía Rose, miró hoscamente a Percy, y éste, captando el amable gesto de la señora, se retiró.

—Es un placer volverla a ver, señora.

—Gracias, Martin —reía todavía la dama—. ¿Conoces a mi sobrino Nathaniel?

Nat Palmer se puso en pie, rápidamente, muy tieso y serio, y tendió su manaza al recién llegado, correctísimo.

—¿Cómo está usted, doctor Sherman? —se interesó amablemente.

El joven doctor Sherman se sofocó por la oleada de ira que inundó su cabeza como un estallido.

—Estoy harto de tus pitorreos, Nat —gruñó, ignorando la mano—. Muy harto. Vengo soportándolos hace más de veinte años. ¡Estoy harto!

—Según parece —sonrió Nat, agitando los dedos como si dijera adiós a alguien—. Martin viene esta noche de malhumor, tía Rose. Y ha cometido la descortesía de no aceptar tu broma con una sonrisa.

—Tienes razón. —Rose Palmer miró ceñudo al joven médico—. Has sido muy desconsiderado, Martin. Te conozco desde que eras así de diminuto, y creo que deberías ser más amable conmigo.

—Sí… Ejem. —Martin Sherman se sonrojó levemente—. Lo siento de veras.

—Lo mismo decías cuando me colocabas ranas en el dormitorio de la villa de la playa… y al día siguiente volvías a hacerlo.

—Porque Nat me obligaba —sonrió Sherman.

—¿De veras? ¡Pues ahora me entero!

—Calumnias —rechazó Nat.

—Nada de calumnias… Siempre has sido más fuerte que yo, y me obligabas a eso y a otras cosas. Y yo tenía que obedecerte, porque de lo contrario me hinchabas un ojo. O los dos.

—¿Quieres saber una cosa, chivato? Te estás buscando que te los hinche ahora de un solo mamporro.

Martin Sherman adoptó una guardia boxística, colocando sus puños cerrados ante el rostro.

—Atrévete, matón. Atrévete —desafió.

—Vaya —rió Rose Palmer—. Parece que has recuperado tu humor, Martin. Y eso me alegra mucho.

—Lo siento —sonrió un poco a desgana Sherman—. La verdad es que tengo… preocupaciones serias; y llego aquí, los dos se ríen de mí… Bueno, ya sé que era una broma…

—Si ya ha pasado tu malhumor puedo servirte champaña —dijo Nat—. ¿O prefieres otra cosa?

—Tomaré *whisky*.

—¿De veras? Estás hecho todo un hombrecito, chico. Tía Rose, ¿puedes servirle *whisky* al pequeño?

—Vete al demonio —masculló Sherman.

Fue al bar, se sirvió el *whisky* él mismo, y fue a sentarse en el sofá, junto a Nat, dando frente a Rose Palmer, que lo contemplaba

críticamente, con atención, todavía con la sonrisa en los labios.

—¿Ocurre algo, Martin? —musitó.

—¿Eh…? —Alzó la cabeza Sherman.

—Tía Rose se ha dado cuenta, de que te pasa algo. ¿Por qué no desembuchas de una vez? —instó Nat.

—Desembuchas —bufó Sherman—. Tienes un vocabulario muy poco elegante, ¿sabes? No es propio de un brillante universitario, de un Palmer, de un caballero. Y menos, de un…

—A éste le pasa algo serio, tía Rose, de veras… —murmuró Nat, serio de pronto—. ¿Se te ha muerto algún paciente?

Martin Sherman le dirigió una viva mirada.

—Exactamente —susurró.

—Bueno —opinó con gran sensatez tía Rose—. Con eso no se termina el mundo, Martin. A todos nos llega la hora más tarde o más pronto. Además, Nat y yo estamos convencidos de que la muerte de tu paciente era inevitable. Ningún médico…

—Mi paciente podía haber vivido veinte años más por lo menos.

Nat y tía Rose cambiaron una mirada. Ya no reían.

—Bueno —musitó Nat—. Cualquiera tiene un fallo…

—Ya van tres.

—¿Tres fallos? —susurró Nat—. ¿Quieres decir que has perdido tres clientes que según tú podían estar todavía vivos?

—Sí.

—Bien; no sé qué decirte, Martin. La verdad. Pero si tía Rose o yo podemos ayudarte en algo.

—Tú, sí. Llevo dos horas buscándote hasta que se me ocurrió que si no estabas en el departamento, ni en tu apartamento, ni en tu club podías estar aquí.

—Y aquí estoy. Pero no entiendo gran cosa de medicina, Martin. No creo ser la persona más indicada para…

—Eres la persona idónea. Nat. Estoy seguro de que los han matado.

—¿A quiénes?

—A mis pacientes.

Hubo un silencio. Nat estuvo mirando durante unos segundos las doradas burbujas de su copa.

—¿Estás hablando de asesinatos, Martin?

—Sí.

—Yo tengo tres semanas de vacaciones, que empezaron ayer. Pero no importa. Vamos ahora mismo al departamento y presentarás la denuncia correspondiente.

—Yo busco tu ayuda, no la del Police Department.

—¿Mi ayuda personal?

—Sí.

—Absurdo. Haz la denuncia y toda la maquinaria del Police Department…

—No tengo pruebas. No puedo hacer una denuncia formal, Nat. Pero sí podré hacerla cuando tú me consigas esas pruebas.

—Como supongo que no estás bromeando, te diré seriamente que eso es imposible, Martin. Yo soy un policía con todas sus consecuencias. No puedo meterme en líos… personales. Ten presente que cualquier cosa que yo haga sería imputada al PD, de modo que como comprenderás…

—Podríamos marcharnos y charlar en mi coche, que…

—¡Nada de eso! —protestó airadamente tía Rose—. ¡Quiero saber lo que está ocurriendo, y ahora mismo!

—Bueno, yo…

—No la convencerás —sonrió Nat—. Tía Rose siempre me obliga a contarle todos mis trabajos: le encantan. Y puesto que ya sabe que está ocurriendo algo, no saldremos vivos de esta casa sin decírselo…

—O sea —terminó tía Rose—, que tienes que… desembuchar. Te escuchamos.

—Bueno… Tu trabajo no sería difícil, Nat… Hay una chica por medio, así que, como eres tan… tan… Ejem…

—Tan guapo y sinvergüenza —colaboró tía Rose—. Oh, vamos, Martin, ya sabemos eso. Acaba de una vez. De un tirón, por favor.

—Está bien. En seis meses se me han muerto tres pacientes cuyo estado de salud era altamente satisfactorio. Tenían pequeñas cositas como todo el mundo, pero nada que pudiera ocasionar la muerte. Cuando falleció el primero, me dije que había sido un fallo cardíaco, y ahí terminó la cosa. Cuando falleció el segundo, me asuste. Hoy, ha fallecido el tercero, y… me he enfurecido. Creo haber comprendido la verdad, Nat. Los tres eran millonarios.

—¿Qué verdad? ¿Que los asesinan?

—Sí.

—¿Quién o quiénes los asesinan? ¿Sus herederos? —sonrió secamente Nat Palmer.

—No creo. Ninguno de los tres dejaban herederos. Bueno, los tres tenían familia, pero no han dejado sus fortunas a los familiares.

—¿A quién, entonces?

—A la Deceased's Garden.

—¿Cómo? —Se pasmó Nat.

—La Deceased's Garden… El Jardín de los Difuntos, una sociedad, corporación, o algo así, que funciona bajo el lema de «Larga vida para los muertos».

—Por Dios —exclamó tía Rose—. ¡Qué cosa tan absurda! ¿Cómo van a tener larga vida los difuntos, Martin?

—Por medio de la crionización.

—Ah… ¡Oh, sí, ahora recuerdo! Hace tiempo que leí algo de eso, pero me parecen tonterías, claro, de modo que no hice caso… ¿Va a resultar que no son tonterías?

—Hasta que se demuestre lo contrario muy bien demostrado, la resurrección de los muertos en este mundo será una tontería —murmuró Martin Sherman—. Sin embargo, hay personas que no lo consideran así. Y se… inscriben en el Jardín de los Difuntos. Firman unos papeles indicando que cuando fallezcan, sus cadáveres serán entregados al Jardín de los Difuntos, para que procedan a crionizarlos, Esto es, que los… preparen para resistir siglos y siglos y siglos sin corromperse. Este aspecto de la Ciencia, efectivamente, está bastante adelantado, y se sabe con seguridad que un cadáver puede conservarse incorrupto durante muchísimos años. Ahora bien, el Jardín de los Difuntos, ofrece a sus… clientes, algo más que el simple aspecto científico de conservar sus restos mortales incorruptos por medio de cierto tratamiento del cadáver, por procedimientos químicos, etcétera.

—Entiendo —afirmó Nat—. ¿Ofrecen la resurrección?

—Prácticamente. No es la palabra exacta, desde luego. Lo que sí ofrecen es la posibilidad de que sus clientes vuelvan a la vida, completamente sanos, dentro de cien, doscientos, o cinco mil años.

Supongamos que un hombre fallece debido a la leucemia, por ejemplo. Pues bien, se le crioniza, esto es, se prepara químicamente su cadáver, y se le deposita en el Jardín de los Difuntos, el tiempo que haga falta… hasta que, dentro de cincuenta, cien o mil años, la Ciencia haya descubierto el medicamento o tratamiento definitivo para curar la leucemia. Entonces, se le administra dicho medicamento o tratamiento al cadáver tan perfectamente conservado, y, puesto que murió de leucemia, y se le cura la leucemia y todo lo demás queda conservado y en suspensión, quizá vuelva a la vida.

—Fantástico —masculló Nat—. ¿Hay alguien que crea eso?

—Muchas personas.

—La idea no es mala —sonrió suavemente tía Rose—. Eso de… dormir unos cientos de años hasta que descubran algo que la cure a una, es una posibilidad digna de ser tenida en cuenta. Pero, francamente, Martin, dormirme ahora, para despertar dentro de un par de siglos teniendo igualmente sesenta y cuatro años, no tiene gracia.

—Eso está previsto también —deslizó Sherman—. Naturalmente para dentro de un par de siglos, se espera haber alcanzado un progreso científico que permita prolongar mucho la vida humana, desterrar la vejez, prácticamente. Si dentro de doscientos años despertase una de esas personas en ese mundo futuro, existirían drogas o cualquier otra clase de panacea que podría hacerle vivir durante ciento cincuenta años. O sea que usted, prácticamente, sería una… jovencita.

—Oh… Sí, vale la pena —sonrió de nuevo tía Rose—. Eso parece, al menos.

—Bueno —masculló ásperamente el joven médico—. Puede usted inscribirse en esa corporación, señora. Solamente le costará unos cuarenta o cincuenta mil dólares al contado, para pagar los gastos de crionización a su fallecimiento. Por esa cantidad, la dejarán bien… empaquetada en el Jardín de los Difuntos.

—¿Qué puedo perder? ¿Cincuenta mil dólares? Tengo mucho dinero. Cincuenta mil dólares es una pequeña parte de mi fortuna. Puedo pagarlos sin inmutarme. Y supongo que es lo que han hecho muchas personas. No se pierde nada, probando, al parecer.

—Ciertamente, el difunto no pierde nada. Ya ha perdido la vida:

¿qué más puede perder? Pero los que sí salen muy perjudicados son los herederos del difunto.

—¿Por qué? Mi dinero será para Nathaniel, así que…

—No, señora. Según las cláusulas de ese… contrato entre el cliente y el Jardín de los Difuntos, toda la fortuna de la persona crionizada pasa a poder de la corporación, la cual administrará esa fortuna hasta que el cliente… vuelva a la vida.

—Oh, yo no haría eso… Yo le daría a Nat…

—No se trata de lo que usted haría, señora. Usted puede ser muy generosa, pero, otras personas, piensan que si han de volver a la vida dentro de cientos de años, necesitarán dinero. Entonces dejan a la corporación su fortuna, para que la administren, y al despertar la recuperan.

—Si despiertan —sonrió Nat.

—Eso es. Y si no despiertan, la fortuna queda siempre en poder de la corporación.

—Y los herederos sin un centavo. Bien… Evidentemente, las personas que aceptan ese… contrato, no piensan en sus herederos, sino en sí mismos. ¿Qué les importa que sus herederos se queden sin nada a cambio de la posibilidad de volver a vivir y tener de nuevo su dinero?

—Total que esa corporación, ése… Jardín de los Difuntos, se está hartando de dinero —musitó Nat.

—Por supuesto. Docenas de millones de dólares, Nat. Ya tienen no menos de veinte clientes en el Jardín de los Difuntos, crionizados, esperando los siglos de los siglos. Cada uno de esos clientes, era millonario, naturalmente, así que la corporación dispone ahora, para… administrarlos, yo qué sé cuántos millones. Y así van las cosas.

—Bueno hay que descartar a los herederos como presuntos asesinos en este caso al menos —sonrió Nat—. Y entonces, según yo entiendo, tú sospechas que el Jardín de los Difuntos se las arregla para… precipitar la muerte de sus clientes y quedarse con la fortuna lo más pronto posible. Luego, los llevan a ese jardín, y a vivir.

—Sí. Eso pienso.

—Martin; supongo que estás hablando en serio.

—Yo nunca bromeo. Lo sabes bien.

—Sí, lo sé —gruñó Nat—. Pero dime: ¿cómo los matan?

—No sé, supongo que los envenenan, o algo así.

—Hay un medio fácil de saberlo: la autopsia.

—¿Estás loco? —Gruñó Sherman—. ¿Cómo se le va a practicar la autopsia a un cadáver que espera volver a la vida? Naturalmente que la primera disposición de ese contrato entre el cliente y el Jardín de los Difuntos rechaza la autopsia. ¿Te imaginas que el cliente despertase dentro de cuatrocientos años y se encontrase sin estómago, por ejemplo?

—¡Cómo! —Palideció tía Rose—. ¿Les quitáis el estómago a los…?

—Bue… bueno, no… no, no… He querido decir… Oh, vamos, en una autopsia, se… se tiene que abrir el cadáver, usted comprende…

—Muchacho —farfulló Nat—. Tu humor es bien negro hoy. Nos has fastidiado la velada. Pero ya que estamos en esto, acabemos. Según tú, puesto que la autopsia es negada por el cliente en el contrato, legalmente no se le puede practicar. De modo que tú te quedas con las ganas de saber si en verdad ha muerto de un ataque cardíaco, por ejemplo; o bien, alguien del Jardín de los Difuntos se encarga de envenenar a sus clientes millonarios para… acelerar la administración de su fortuna.

—Mi paciente fallecido hoy tenía sesenta y un años, un corazón de atleta joven y una salud general que para mí la quisiera, Nat. Y ya van tres. Tres de mis clientes, se entiende. Ya te he dicho que, en total, tienen unos veinte clientes crionizados en el Jardín de los Difuntos.

—¿Veinte asesinatos, Martin? —sonrió secamente Nat.

Éste y su tía se quedaron mirando fijamente, expectantes, a Martin Sherman, que palideció y se mordió los labios.

—Bien —susurró—. Te parece una barbaridad… ¿no es así?

—Francamente sí. O una monstruosidad, si fuese cierto. Pero hay otra cosa: evidentemente, el Jardín de los Difuntos está legalmente constituido, y supongo que, en términos generales, considerado como un estudio para adelantos científicos… de gran envergadura para la humanidad… ¿Correcto?

—Sí… Claro, sí.

—O sea, un personal inteligente, con altos estudios… Mentes brillantes, geniales en algunos casos… Científicos de gran valía, que han convertido la investigación científica en el objetivo, en la razón

de toda su vida. ¿Sí, Martin?

—Sí.

—¿Y crees que esa clase de personas pueden dedicarse a asesinar gente para cobrar unos millones de dólares?

Quedaron silenciosos los tres. Martin Sherman acabó su *whisky* de un trago, y se puso en pie. Fue a dejar la copa al bar, regresó ante Nat y tía Rose, y los miró, lentamente, fruncido el ceño.

—Yo soy médico —dijo—. Un buen médico, Nat. Y estoy dispuesto a discutir con quien sea que mis tres clientes no debían morir. Uno, quizá. Cualquiera puede fallecer, de pronto, de un fallo cardíaco, de muerte natural. Dos ya es más difícil de creer. Tres en seis meses son demasiados para mí. Lamento haberles estropeado la velada. A sus pies, tía Rose…

Se inclinó hacia la dama, que le tendió maquinalmente la mano. Pero cuando Sherman iba a retirar la suya, la retuvo, y miró a Nat Palmer.

—Martin es tu amigo de toda la vida, Nathaniel. ¿No vas a hacer nada por él?

—Tía Rose, lo que él me pide…

—Ya sé, ya sé. Pero tú eres un buen policía, estoy bien enterada de ello. Eres un investigador muy bueno, y elegante. Quiero decir con esto que puedes estar investigando la vida de míster Nixon sin que nadie se entere por ejemplo, tal es la finura de tu trabajo. Oh, vamos… Investiga un poco, discretamente. Lo justo para tranquilizar a Martin.

—Pero ¿qué puedo hacer? —masculló Nat—. Si meto las narices en esa corporación, se enterarán, tía Rose. Además, supongo que Martin no pretenderá que yo les haga la autopsia a esos cadáveres crionizados o momificados, que viene a ser lo mismo.

—Martin dijo que había una chica de por medio y entiendo que él opina que eso simplificaría las cosas. ¿Cierto, Martin?

—Sí, señora. Y no pretendo que Nat haga la autopsia a nadie, naturalmente. Sólo que me consiga la lista de los clientes del Jardín de los Difuntos. Con esa lista en mi poder, yo puedo estar vigilante para cuando fallezca otro cliente de esa corporación. Estaré prevenido, tendré bajo perfecto control a aquellos de mis clientes que ya lo sean también del Jardín de los Difuntos, y si hay algo criminal en todo esto, haré entonces la denuncia total al PD.

—¡Lo que faltaba! —bufó Nat—. Más trabajo para el PD, para que me llamen diciéndome que mis vacaciones quedan canceladas hasta nuevo aviso. Y llevo tres años esperando tomarme unos días de descanso.

—No gruñas tanto —sonrió tía Rose, soltando al fin la mano de Martin Sherman—. Yo sé que le vas a ayudar.

—¿Y qué tengo que hacer? ¿Entrar como un ladrón en el Jardín de los Difuntos para conseguir esa lista de clientes que aún están vivos…, pero que pueden ser asesinados en cualquier momento por la corporación? Si me descubren…

—No se trata de eso. Aparte de que sé que eres una especie de hombre-mosca y que podrías hacer las cosas así si quisieras, incluso pasando por encima de las cajas fuertes y de toda clase de cerraduras.

—Este chico se cree que los policías somos magos —cortó muy irritado Nat—. Mira, pequeño, si un policía es sorprendido en una actividad…

—Sólo se trata de que enamores a una mujer, maldita sea —se soliviantó Sherman—. Y por medio de ella, con tu gran inteligencia y astucia, estoy seguro de que conseguirás esa lista. Puedes ir sonsacándola sin que ella se entere de nada.

—No tengo más ganas de discutir —se dio por vencido Nat—. Haré lo que pueda. ¿Quién es la chica?

—Traigo una revista científica en la que hay un extenso artículo sobre ella. —Sherman sacó la revista, doblada, de un bolsillo interior—. Sus nombre, estudios cursados, su vida y trabajo actual, sus proyectos científicos… Incluso hay fotografías de ella, de su laboratorio privado, de su chalet en Nueva Jersey. Todo. Ella es una científica brillante, Nat, pero, en otras cuestiones, es tonta. Caerá en tus brazos como un pajarillo. Jamás se ha enamorado, y hasta ahora, para ella, los hombres son solamente compañeros de estudios… Son sus propias palabras, dichas en la entrevista. El día que se enamore, será terrible para ella. Y ¿quién mejor que tú para…?

—Trae acá —gruñó Nat, mirando a Martin con expresión asesina y quitándole la revista—. Tu juego es bastante sucio, ¿no crees?

—Quizá. Pero, considerando la cuestión objetivamente, le estoy haciendo un favor a la doctora Fisher enviándole un ejemplar como

tú; no te cazará, pero le servirás para que se dé cuenta de que los hombres son algo más que compañeros de estudios.

Nat Palmer alzó la mirada de la revista, fruncido el ceño.

—No veo a la doctora en este grupo de científicos.

—Es la de los lentes.

—¿La de…? Pero si creía que era un hombre —respingó Nat—. Tú me estás tomando el pelo.

—No, no… Bueno, dale vuelta a la página. Verás una fotografía suya a toda plana.

—Ah, magnífico. Así le veré el bigote.

Palmer dio la vuelta a la hoja, y se quedó mirando a la mujer de la fotografía, a todo color en la página siguiente. Parecía tener unos cuarenta años, llevaba lentes de cristales redondos y montura negra, se peinaba con moño, no llevaba ni pizca de maquillaje, y ciertamente, aunque no tenía bigote, no era el tipo a las que Nathaniel Palmer dedicaría su tiempo ni siquiera para bromear. Llevaba una bata manchada cualquiera sabía de qué, se veía su frente, tersa y limpia, sus ojos cansados y grandes, un gesto de fatiga en los descoloridos labios, y destacaba mucho un lunar grande como una lenteja bajo su pómulo izquierdo.

Sin decir palabra, Nat le tendió la revista a su tía, y se quedó mirando fijamente, siniestra la expresión, a su amigo de la infancia.

—Y encima, es tonta —masculló al fin el policía—. Martin, de una cosa puedes estar seguro: ¡ésta me la pagarás cara!

—¿Cuándo empezarás a trabajar? —sonrió Martin Sherman.

—Bueno… Estamos en mayo… Para Navidad procuraré disponer de unos días que…

—¡Estamos hablando en serio!

—Mañana —suspiró Nat, recuperando la revista y mirando la fotografía a todo color—. Dame veinticuatro horas para reponerme del susto, hombre…

CAPÍTULO II

Por fin, al quinto timbrazo, la doctora Fisher descendió de sus nubes privadas, para caer en la cuenta de que alguien estaba llamando a su puerta. Se puso en pie, salió del laboratorio, cruzó el vestíbulo, y abrió la puerta, sin vacilaciones, sin temor alguno pese a que eran casi las dos de la madrugada. Al abrir la puerta, su mirada estaba dirigida a la altura de los ojos de una persona normal. Pero en seguida, tuvo que alzar los ojos y torcer el cuello para poder ver los ojos de aquel gigante, de aquella especie de marciano que había en el porche.

Su boca se abrió en un gesto estupefacto al comprobar que no era un marciano, sino un hombre del planeta Tierra. Santo Dios, qué barbaridad de estatura.

—¿Diga?

—Buenas noches, señora… Y perdone… Verá usted, me he quedado sin gasolina, tengo el coche un poco más abajo. Me dirigía a pie hacia Nueva Jersey, pero al ver luz en la ventana… Bueno, es la única casa en la que hay luz…

—¿Está usted buscando gasolina?

—Bien… Tengo que llegar a Nueva York cuanto antes, y si a usted no le significase una molestia…

—Encontrará algunas latas en el garaje. Está abierto. Tome lo que necesite.

—Ah… Es usted muy amable, señora. No sabe cuánto…

—¿Algo más?

—Oh, pues… No, no. Solo…

—Buenas noches.

¡Blam! La puerta se cerró ante las narices del marciano, y la doctora Fisher regresó a su laboratorio.

* * *

Al tercer timbrazo, la doctora Fisher alzó la cabeza, suspiró, se puso en pie, y salió del laboratorio. Cruzó el vestíbulo, abrió la puerta… y su mirada se alzó hacia aquellas sorprendentes latitudes donde el hombre tenía los ojos.

—¿Sí? —musitó.

—Buenas noches, señora… ¿Me recuerda?

—No —parpadeó Cornelia Fisher tras los lentes.

—Soy el… inoportuno de anoche. Estuve aquí hacia las dos de la madrugada, le pedí gasolina.

—Oh, sí… ¿Eso fue anoche?

—Hace casi exactamente veinticuatro horas, señora.

—Así será, si usted lo dice. ¿Ha vuelto a quedarse sin gasolina?

—No, no… Precisamente, he venido a devolverle la lata que usted tuvo la amabilidad de prestarme.

Alzó una mano, mostrando la lata. Bueno, debía ser una lata de un galón de gasolina, aunque en aquella mano, parecía más bien un simple paquete de cigarrillos, sorprendente en verdad.

A su vez, el visitante contemplaba a la doctora Fisher, que parecía cansada, desgreñado el rubio moño, cansados como nunca los ojos. Un gesto de infinita tristeza languidecía sus labios pálidos. Y la bata blanca estaba más manchada que nunca.

—Ah, bien, bien… La lata de gasolina, sí… Bueno, tenga la bondad de dejarla en el garaje, por favor.

—Así lo haré. Esto… ¿le molestaría que utilizara su teléfono?

—Está averiado. Encontrará una cabina un cuarto de milla más arriba. Buenas noches.

¡Blam!

* * *

—Casi me aplasta las narices —masculló Nat—. Y anteanoche, lo mismo. Esa dama, además de tonta y fea, es muy descortés.

—No irás a decirme que te das por vencido —sonrió Martin Sherman con bata blanca, sentado en su mesa de despacho—. No podría creerlo, Nat.

—¿Qué es lo que no podrías creer? —dijo éste.

—Hombre… Es la primera vez que tengo noticias de que una

mujer no reacciona volcánicamente al verte.

—Eres muy gracioso, ¿sabes? Pero te diré algo: yo creo que esa mujer ni siquiera me vio, realmente. Me miraba, pero apuesto a que sólo veía un montón de carne con ojos mucho menos interesante que sus microbios, o lo que sea que esté estudiando. ¡Qué barbaridad! Yo creía que en el Police Department trabajábamos mucho, pero esa mujer se está quemando las pestañas.

—Al grano, al grano. Supongo que no te das por vencido, así que dime: ¿qué piensas hacer?

—Ya llevo perdidos dos días de vacaciones en esto —refunfuñó el policía—. Y te aseguro que no pienso perder muchos más. Esta noche, esa mujer me recibirá, cueste lo que cueste. Si me dice que el teléfono está averiado, le diré que yo puedo arreglárselo. Y si el teléfono está arreglado, le pediré que me deje ir al lavabo, o que me encuentro mal y me dé un par de aspirinas. Si a todo esto se niega de un modo u otro, simularé que me desmayo allí mismo. Pero puedes estar seguro de que esta noche cueste lo que cueste, yo voy a entrar en esa casa, y que esa doctora se fijara en mí. Cueste lo que cueste.

* * *

La doctora Fisher abrió la puerta, ya mirando hacia arriba, y dijo:

—¿No quiere usted pasar?

Nat Palmer se quedó patitieso, con la boca abierta y el más tonto gesto que había aparecido en su rostro en toda su vida.

—¿Eh?

—Le pregunto si quiere pasar —insistió la doctora.

—Ah… Pues… Bueno, son las dos de la madrugada, señora…

—No importa. Usted tiene todo el aspecto de un auténtico caballero. Y supongo que lo es, ¿verdad?

—Ejem. Pues sí… Creo serlo, señora.

Ella se apartó del umbral, y Nat Palmer entró, todavía confuso, y, en el fondo, bastante irritado. Lo había preparado todo estupendamente para que aquella noche ella tuviera que admitirlo en su casa. Se había pasado horas tramando el plan de penetración.

—Si no me equivoco, usted es el caballero que anteanoche me pidió gasolina y anoche vino a devolvérmela.

—En efecto, señora. Yo… Bueno, supongo que tres llamadas intempestivas en tres noches le parecen demasiadas. No se va a creer lo que me ha ocurrido esta noche con el coche cerca de aquí. Verá: yo venía tranquilamente, y…

—Oh, no importa eso. Lo importante es que esté aquí.

—Ah… ¿importante? ¿Es importante que yo esté aquí?

—Para mí, sí. ¿Qué grupo de sangre es el suyo?

—El… ¿Mi grupo de sangre?

—Sí. ¿O no tiene grupo de sangre?

—Claro que tengo… ¡Claro! Es el 0.

—Ah, universal… ¡Magnífico! ¿Me daría usted una poca?

—¿Cómo? —Respingó Nat.

—Ya sé que la petición le parecerá un poco absurda, y hasta desproporcionada. Una cosa es dar una lata de gasolina y otra muy diferente es dar sangre.

—Sí… Oh, sí, es muy diferente. Mucho, mucho.

—Naturalmente, no debe usted sentirse obligado a darme sangre.

—Claro… Vaya… ¿Para qué la quiere usted? ¿Para un cóctel?

La doctora Fisher lo miró vivamente y sonrió.

—No. Estoy investigando algo y mi sangre no sirve para el proceso. La suya, en cambio, es magnífica para mi trabajo.

—Sí, entiendo. Bueno, no mucho. ¿Qué espera encontrar en mi sangre? ¿Vampiros diminutos?

Cornelia Fisher volvió a reír… casi. Tenía una sonrisa simpática, eso sí.

—No parece usted el hombre que tiene parásitos en la sangre, señor…

—Nathaniel… Nat Palmer, señora…

—Señorita. Yo soy la doctora Fisher. ¿Quiere café?

—Pues… Oh, está bien. Supongo que me dejará la suficiente para seguir viviendo.

Ella volvió a mirarlo con vivo interés, sonriendo de nuevo.

—Sin duda. Sólo necesito unas gotas, de veras. Créame, señor Palmer, su presencia es providencial para mí; pues evita perder muchas horas de trabajo. Habría tenido que esperar hasta mañana para proseguir mi trabajo… Por aquí, por favor.

Cruzaron el vestíbulo, y entraron en el laboratorio. Nat miró a

todos lados, hecho un lío. Sólo veía cosas que parecían botellas, ya está. Pero, a fin de cuentas, a él todo aquello le importaba un pito. Lo que sí le importaba era encontrar el momento para seguir con su plan.

—Será mejor que le extraiga la sangre antes de tomar café… ¿Le importa?

Miró a Cornelia Fisher, que estaba ante él, blandiendo una estremecedora jeringuilla provista de una aguja escalofriante.

—¿Qué… qué…?

—Tendré que pincharlo. ¿Le asusta?

—No, no…

Era mentira, le asustaba. En los cuatro años que llevaba en la policía, había encajado sin pestañear, tres heridas, dos de bala y una de cuchillo. Sin pestañear. Pero, desde que de niño recibió una inyección por retaguardia, sin previo aviso, tenía horror a las inyecciones.

—Si es tan amable de quitarse la chaqueta y subirse la manga de la camisa.

Nat Palmer sonrió, tragando saliva. Cuando se subió la manga de la camisa, la doctora Fisher le ató una goma por encima del codo… Las venas comenzaron a abultarse en la parte interna de éste, destacando. La doctora Fisher contemplaba en silencio aquel brazo velludo, enorme, Rebosante de músculos. Parecía sorprendida.

—Es usted un hombre muy fuerte y viril, señor Palmer —dijo de pronto—. Un hermoso ejemplar masculino.

—Va… va… vaya… —tartamudeó Nat.

¡Zas! La aguja penetró en la vena, y Nat Palmer quedó sobrecogido, petrificado de espanto. Pero aquella angustiosa sensación duró muy poco, afortunadamente. Prefería que le clavasen un cuchillo a que le introdujesen una aguja de aquel modo… Se estremeció cuando Cornelia Fisher retiró la aguja. Ella le puso un algodón empapado en alcohol en el pinchazo, como si fuese un parche a una rueda. Luego, fue a uno de los estantes, y expelió la sangre en varios tubitos que había en un vaso o algo así.

Entonces se volvió, sonriendo agradecida.

—Solucionado —dijo—. Con su sangre, espero resolver pronto un asunto que me tenía ocupada hace un par de días. ¿Prefiere

whisky en lugar de café, señor Palmer?

—Vaya —dijo Nat.

—Estaremos mejor en el *living*. Yo tomaré café, si no le importa.

Fueron al *living*, que Nat contempló con expresión distraída. No estaba mal, desde luego, no tenía el aspecto de nidito acogedor que podía esperar en una casa donde sólo vivía una mujer, al parecer… Pero no estaba mal.

—Su *whisky* —le tendió Cornelia Fisher el vaso—. Pero siéntese, por favor.

—Gracias…, muy amable.

Se sentó, y bebió un sorbo de *whisky*. Buena marca, sí, señor. Pero tenía que concentrarse, ingeniárselas para llegar a una mayor intimidad con la doctora Fisher. Sabía que podía arreglárselas para meterla en la trampa. No parecía muy lista para aquellas cosas. Desde luego, nada de decirle que se había quedado prendado de su hermosura, pues eso parecía pitorreo, como decía Martin. No… Tenía que atacarla por otro lado, conseguir una cita, ir aumentando cierta intimidad entre ellos. Podía decirle que le parecía una mujer… Altamente interesante. Algo así. Y costara lo que costase, conseguiría una cita, intimar con ella. Costara lo que costase.

—¿Nos podríamos ver mañana? —preguntó Cornelia Fisher.

—¿Cómo? —Casi gritó Nat.

—Bueno, tendría que ser hoy, pues son algo más de las dos de la madrugada, así que sería hoy, sí. Esta tarde, por ejemplo. Está bien claro que le estoy pidiendo una cita, señor Palmer.

—Sí… je, je… Eso me parecía, sí.

—Supongo que le sorprende.

—¡Vaya!

—Y se preguntará qué clase de mujer soy.

—Oh, no… Bueno, realmente…

—Soy una mujer normal, supongo. Usted es un hombre muy atractivo y es natural, que me parezca agradable la perspectiva de pasar con usted unas horas. Podríamos dar un paseo, cenar, ir luego a bailar, algo así.

—Sí, algo así…

—¿Le parece bien esta tarde a las cinco, en el Heliotropo?

—A las cinco en Heliotropo…

—Es un club caro, lo sé. Si está por encima de sus posibilidades,

aceptaré encantada cualquier otro lugar.

—No, no… Por mí está bien. No soy un muerto de hambre, sino más bien todo lo contrario. Además, tengo una tía millonada, que en cualquier momento… Bueno, quiero decir que soy su único heredero…

Ya estaba. Ya lo había dicho. Mucho antes de lo que había esperado, y en oportunidad inmejorable. Ya sabían que él era heredero de una tía millonada. Es decir, que el Jardín de los Difuntos, donde colaboraba Cornelia Fisher, entraría pronto en conocimiento de que había en Nueva York otro posible cliente. Tendría que…

—Entiendo. Es agradable tener dinero, ¿verdad?

—Vaya.

—Sí, debe serlo.

—¿Usted no tiene? Quiero decir…

—Tengo muy poco. Lo necesario para ir viviendo sin tener que pensar en otra cosa que mis investigaciones. Desde luego —sonrió un tanto fríamente— yo no tengo una tía millonaria que vive en… Bien, supongo que en algún lugar elegante.

—En la Quinta Avenida —susurró Nat, entornando los ojos, para ocultar su destello—. Tiene una quinta muy hermosa. Tía Rose es muy, muy rica.

—¿Vive usted con ella?

—No… no… Es una solterona difícil de tratar. Yo tengo un apartamento en… Oh, me temo que la estoy aburriendo, doctora.

—Nada de eso.

—Bien. —Nat miró su reloj—. Es tarde ya, y no quiero hacerle perder más tiempo. Respecto a lo que me ha pasado esta noche con el coche…

—Oh, ya me lo contará más tarde, a las cinco… Espero que no me dé plantón, señor Palmer. Sería terrible para mí.

—¿Terrible?

—Mucho. Es la primera vez que siento el suficiente interés por un hombre como para citarme con él. Su no comparecencia me produciría… un *shock* moral. Una especie de complejo de fea.

—Sí, claro… Claro. Bien… Bueno, respecto a lo del coche… Es que… debería prestarme una llave inglesa, doctora. Ya le digo que no se lo va a creer, pero no llevo herramientas, y la junta de la…

—Encontrará lo que necesite en el garaje… Y estoy segura de que me lo devolverá. Nos veremos en Heliotropo.

—Sí… Eso es. Bien… Buenas noches, doctora.

—Llámeme Cornelia, ¿quiere?

—Oh, sí… Buenas noches, Cornelia.

—Buenas noches, Nat… —sonrió levemente ella.

* * *

—¿Y qué más pasó? —preguntó Martin.

Eran las tres de la madrugada, y estaban los dos en el *living* de la casa de Martín Sherman, éste en pijama y bata.

—Nada más —musitó Nat—. Salí de la casa, tomé una llave inglesa de su garaje, fui a donde había dejado mi coche, simulé arreglar algo, y vine hacia aquí.

—Para despertarme a las tres y cuarto de la madrugada —suspiró Martin—. Menos mal que estoy acostumbrado.

—Martin, no me gusta esto.

—¿De qué hablas? Has conseguido lo que queríamos, ¿no? A las cinco de esta tarde…

—Escucha, no me siento precisamente alegre cuando pienso en la cita con esa mujer vestida de blanco y con moño, te lo aseguro. Pero eso es lo de menos. He mencionado a tía Rose… ¿Comprendes lo que eso significa?

—No tenías que haber llegado tan lejos —palideció Sherman.

Martin tenía razón.

El también opinaba así.

—Sí… Quizá. No sé, fue una tentación por mi parte, Martin. Ella sabe ahora que tengo una tía millonaria que se llama Rose Palmer y que vive en la Quinta Avenida. Me pregunto si tía Rose recibirá pronto una visita de un… funcionario del Jardín de los Difuntos, para proponerle un contrato de crionización.

—Es lo más probable, si Cornelia Fisher tiene algo que ver en todo esto.

—¡Claro que tiene que ver! Ella trabaja, o colabora, o como demonios quieras decirlo, en ese maldito Jardín de los Difuntos… Y se las arregló para preguntarme dónde vive tía Rose…

—Cálmate.

—Estoy calmado —gruñó Nat—. Un policía no se altera tan

fácilmente, amiguito. Pero pienso en tía Rose. Te aseguro que no tengo la menor prisa en heredar sus bienes, Martin.

—Hombre, vete al cuerno. Eso ya lo sé. Los dos queremos mucho a tía Rose. Tenemos muchos recuerdos agradables de ella. No digas más tonterías. A ella no le ocurrirá nada, puesto que, simplemente, rechazará la oferta del Jardín de los Difuntos, y si ella no acepta el contrato, y no van a administrar su fortuna, perderán todo interés por ella. Además, aún no sabemos si irán o no a visitarla, a ofrecerle los servicios de «Larga vida para los muertos»…

—¡No me gusta esto! —insistió Nat—. No me gusta nada. Si van a ver a tía Rose, creo que yo mismo hablaré con mi jefe para…

—¿Qué pasa? —sonrió Sherman—. ¿Ya no consideras tan absurdamente descabelladas mis sospechas?

—No sé. No sé qué pensar…

—Bueno, tú eres el investigador, ¿no? Yo te he dado un caso; ahí lo tienes en plena vigencia. Sólo son sospechas, pero… Piensa en una cosa, Nat: esos veinte cadáveres que tienen crionizados en el Jardín de los Difuntos, pueden ser, todos, o parte de ellos, víctimas de asesinato. Asesinatos que jamás podrán ser demostrados, ya que nunca se les podrá practicar la autopsia a esos cadáveres tan bien… conservados. Veinte asesinatos… aproximadamente. ¿Qué piensas hacer?

Nat Palmer estuvo unos segundos pensativo, sombrío; por fin, miró hoscamente a su amigo.

—Voy a ver si duermo unas horas… Aunque, amiguito, me has quitado el sueño para una temporada.

—Puedo darte unas pastillas que…

—Vete al demonio. Procuraré descansar sin ellas, y mañana al mediodía, iré a visitar a Tía Rose, quiero ponerla en guardia.

CAPÍTULO III

—Ya han estado aquí —dijo tía Rose.

Nat, que estaba encendiendo un cigarrillo todavía con la última palabra de su explicación entre los labios, respingó, se tragó violentamente el humo, palideció, comenzó a toser, y su rostro se congestionó, finalmente.

—¡Por Dios! —aulló cuando pudo hablar—. Me has estado escuchando tan tranquila y resulta que ya han venido a…

—Quería saberlo todo —sonrió la simpática dama—. Ya sabes que soy muy curiosa.

—Pe… pero… Tía Rose, tú no te das cuenta de lo que esto significa.

—Oh, sí. Pero no matarán a una anciana de la cual no esperan obtener nada. Porque, naturalmente, he rechazado la proposición.

Nat Palmer se bebió el aperitivo de un trago, suspiró, y se relajó en el sillón, como derrengado.

—Gracias a Dios…

—En primer lugar eso de que me guarden como si fuese una perdiz en escabeche no me hace ninguna gracia. Y en segundo lugar, quiero que todo lo mío sea para ti.

—Tía Rose, yo no…

—Oh, no seas tonto, querido. Sé muy bien que no te importa lo más mínimo mi fortuna. Ya tienes la tuya, y además me consta que nunca has sido capaz de cometer la más pequeña acción censurable… Excepto echarme ranas en el dormitorio, claro —sonrió—. Y otras pequeñas cosillas que, aunque tú no lo sabías, me hacían reír. Lo de las ranas sí me fastidiaba Un poco, la verdad.

—Eres una mujer estupenda —rió Nat—. Me pregunto cómo es posible que no te hayas casado.

—Bueno… Yo jamás encontré un hombre tan interesante como el que ha encontrado la doctora Fisher.

—Vaya… Eso es un halago, gracias… Pero cuéntame; ¿cómo fue eso del Jardín de los Difuntos?

—Fue una entrevista agradable.

—¡Agradable! —exclamó Nat.

—Sí, sí… Vinieron dos caballeros correctísimos, hermosos, elegantes… Me expusieron con gran detalle y amabilidad todo el asunto, me mostraron fotografías del jardín…

—¿De qué jardín?

—Del que están los difuntos, claro, querido.

—¿Están en un jardín? —Quedó estupefacto Nat.

—Desde luego. Un lugar encantador. Bueno, es una especie de invernadero, donde están las… los alojamientos de los clientes. Algo así como… pequeños mausoleos dentro de uno solo, más grande. Naturalmente, gozan de todo el confort preciso…

—Por el amor de Dios, tía Rose…

—Oh, vamos, no seas tan impresionable. Es un lugar encantador, de veras. Todo rodeado de jardín… Y como te digo, los clientes están debidamente instalados, cada uno en su compartimento, cuidados, vigilados… a temperaturas bajísimas, claro.

—¿Como en un frigorífico? —musitó Nat.

—Algo así. No sé si puedes imaginártelo…

—He estado muchas veces en la Morgue —masculló sombríamente el policía—. Sé cómo están… conservados los muertos, tía Rose.

—Hijito, qué tétrico estás hoy… Te aseguro que el Jardín de los Difuntos es muy diferente. Hay… alegría allí, créeme. Bueno, algo parecido, claro. No tiene nada que ver con una Morgue, de veras. Todo es bonito y apacible. Hay jardineros que cuidan muy bien el jardín lleno de hermosas flores y…

—¿Qué te dijeron esos dos caballeros?

—Por cuarenta mil dólares, la posibilidad de vivir mejor y más años después de haber fallecido la primera vez. Son francamente persuasivos.

—No lo dudo. ¿Te dijeron lo de tu fortuna?

—Por supuesto. Debía concedérsela al Jardín de los Difuntos, que se encargaría de administrarla hasta que… yo volviese a

necesitarla. Nat: es una corporación legal, el Gobierno la conoce, está considerada como un esfuerzo desesperado de la Ciencia… Casi nadie cree en esas cosas, pero los dejan hacer. No se perjudica a nadie…

—Excepto a los que les han robado veinte o treinta años de vida para administrar inmediatamente su fortuna.

—¿Crees entonces que es cierto todo lo que dijo Martin?

—No lo sé. ¡No lo sé! Pero esa… esa doctora Fisher sí lo tiene que saber. Ella se ha dado mucha prisa en informar al Jardín de los Difuntos sobre tu posible candidatura como cliente… Mucha prisa.

—Quizá no haya sido ella.

—¿Quién, entonces?

—No sé.

—Tía Rose, sobre todo este asunto, sólo cuatro personas sabemos lo suficiente para que, apenas hube hablado yo con la doctora Fisher, se presenten en esta casa los enviados del Jardín de los Difuntos. Esas cuatro personas somos por ahora, tú, Martin, la doctora Fisher y yo. ¿Tienes alguna duda ahora?

—A decir verdad —refunfuñó la dama— me resultas más simpático cuando vienes a cenar y a contarme anécdotas divertidas, Nat.

—Lo siento —sonrió Nat; palmeó una mano de su tía—. Ya nos veremos, tía Rose. Tengo una cita a las cinco en Heliotropo y antes de ir allá, quiero dedicar un tiempo a pensar…

Capítulo IV

A las cinco menos tres minutos, Nathaniel Palmer ocupaba un confortable diván semicircular colocado en un discreto rincón del club Heliotropo desde el cual podía ver toda la sala. En la mesita con blanco mantel bordado con flores de heliotropo había un pequeño búcaro con un ramillete de estas flores, pero artificiales, y, a cada lado, un pequeño candelabro con una velita encarnada.

Ciertamente, el lugar no podía ser más íntimo y acogedor. Se permanecía en una discreta zona sombreada, se dominaba todo el local, y se podía gozar del espectáculo de bellas damas y jovencitas, todas ellas, «oliendo» a dinero en abundancia. Ideal para tomar el té dulcemente.

—Usted dirá, señor —musitó el camarero que le había llevado allí.

—Estoy esperando a una dama —musitó Nat—. Ya le avisaré cuando ella llegue.

—Muy bien, señor.

El camarero se alejó, y Nat encendió un cigarrillo. Estuvo tentado de encender también las velitas encarnadas, pero pensó que eso proporcionaba intimidad, y sinceramente, la intimidad con una mujer como la doctora Fisher no le atraía en absoluto. Desde luego, era mejor en la realidad que en aquella fotografía a todo color de la revista, pero aun así, se dijo que tenía que afrontar aquello como un… trabajo extra, sin complicarse la vida.

Diez minutos más tarde, había mirado ya con impaciencia su reloj repetidas veces, y su ceño estaba hoscamente fruncido. ¿A qué estaba jugando la doctora Fisher? Apagó su segundo cigarrillo, que sólo estaba por la mitad, y comenzó a hacer cábalas más bien sombrías. Una idea pasó por su mente, fue la de llamar a tía Rose,

por si estaba bien. Tonterías. Claro que tenía que estar bien. ¿Qué estaba pensando? Claro que la idea de llamarla no era mala… Sí. Pediría un teléfono.

Vio a un camarero y le hizo señas. Precisamente, el camarero tomó un teléfono supletorio y se acercó con él a la mesa. Se detuvo ante el atónito policía, mostrando el aparato, de color heliotropo.

—¿Ha adivinado usted que quería telefonear? —musitó Nat.

—No, señor, perdone… Precisamente cuando usted me ha llamado me disponía a traerle el teléfono. Una dama pregunta por usted.

—¿Por mí? ¿Sabe usted mi nombre?

—No, señor —sonrió imperceptiblemente el camarero—. La dama ha dicho que quería hablar con el caballero más alto y apuesto del club, y, señor… Bien —miró a su alrededor—. Temo que su estatura no pasa desapercibida, señor.

—Gracias —farfulló Nat—. Puede retirarse.

—Muy bien, señor.

El camarero conectó el teléfono al enchufe de la mesa, se inclinó, y se retiró. Nat descolgó el auricular.

—¿Sí? —susurró.

—¿Nat?

—Sí, soy yo… ¿Es usted?

—Soy Cornelia, sí. Discúlpeme, pero me ha sido imposible llegar con puntualidad a la cita. Lo lamento de veras.

—Oh, bien. No se preocupe. ¿Ya no va a venir?

—Sí, sí… ¡Desde luego! Ocurre que tuve que trabajar más de lo que pensaba en el Jardín de los Difuntos y…

—¿En dónde? —inquirió roncamente el policía.

—Ya le explicaré. Mire, estoy en casa ahora. He tenido que venir a cambiarme, y se me ha hecho tarde… ¿Le molesta esperar media hora más?

—Bueno no…

—Gracias. Estaré ahí lo más pronto posible. Perdón de nuevo, y… hasta ahora.

—Sí, hasta…

Clic.

Cornelia Fisher había colgado.

—No me gusta eso ¡No me gusta! —farfulló Nat.

Colgó, entornó los ojos, pensativo, y se decidió. Llamó a tía Rose. No estaba en casa, según informe de Percy, el mayordomo. Había ido a jugar al *bridge* con sus amigas; la partida semanal. Nat colgó, tranquilizado. Estupendo eso de que tía Rose estuviese reunida con sus amigas. Estupendo…

Veinticinco minutos más tarde, el cigarrillo casi escapó de su boca al ver entrar a la jovencita rubia, de largos cabellos sueltos y tremendo escote elegantísimo. Era una muñeca. Un bombonazo. Parecía una reina colocada en el trono de sus zapatos de alto tacón. Tremenda, con unos ojos enormes, boca sonriente… Cuando la sorpresa cedía, y estaba a punto de cerrar la boca, el camarero estaba respondiendo a la información que le pedía la jovencita, y… ¡señalaba hacia él!

¿O no?

Nathaniel Palmer miró a su derecha, a su izquierda… Nadie por aquí, nadie por allá… Alzó la cabeza, vio venir a la jovencita, y se quedó mirándola cuando ella se detuvo ante la mesa.

—Lo siento de veras —dijo la jovencita—. Por regla general, soy muy puntual, Nat.

¡Bum! Hizo el corazón de Nat Palmer. Se puso en pie como lo haría una marioneta sostenida por hilos, y comenzó a tartamudear:

—¿Do… do… do?

—¿Está estudiando música, Nat?

—¿Mú… mú… música?

—Sí. Como está dando el do… Do, do, do… re, mi, fá, sol, la, si… Do-re-mi-fa, sol… ¿Puedo sentarme?

—¿Do… doctora… Fisher? —terminó Nat, al fin.

—Sí, soy yo. Pero ya le dije que me llame Cornelia… ¿Acaso está esperando a otra persona?

—No, qué va… Je, je… ¡Qué va, qué va!

Cornelia Fisher se sentó, dejó el bolsito, se dio un toquecito coquetón a los largos cabellos rubios, sacó un cigarrillo, lo encendió con el encendedor del petrificado Nat Palmer, y se volvió al camarero, que había acudido.

—Cóctel de champaña para mí. Y… —Miró a Nat, dubitativa— y un *whisky* con hielo para el señor, por favor.

—Sí, señorita.

El camarero se alejó y Cornelia miró de nuevo a Nat.

—No creo que quiera tomar té, Nat.

—Qué va, qué va… ¡Qué va!

—He pasado una tarde terrible. Además de todo lo que tenía que hacer, debía cambiarme. Y para colmo, vinieron a arreglarme la calefacción. Por fin. Hacía unos días que no funcionaba, pero como me pasaba el día fuera de casa, no podían arreglar, y por las noches refresca bastante, así que tenía que llevar un par de jerseys debajo de la bata… ¡No podía bañarme! Y estaba tan ocupada… ¡Terrible!

—Terrible, terrible… ¿Qué va usted a tomar?

—Ya he pedido cóctel de champaña.

—Ah, sí…

—¿Se encuentra bien?

—Pues no lo sé. Aclaremos las cosas: ¿usted es Cornelia Fisher, la doctora que he conocido estas noches pasadas, y que…?

—Sí, sí. Soy yo.

—Bien. ¡Bien!

—Supongo que está usted un poco sorprendido. Claro, me he arreglado un poco para acudir a la cita. No iba a venir en zapatillas, despeinada o con aquel moño terrible, con bata y dos o tres jerseys debajo…

—Entiendo, entiendo… ¿Me permite invitarla a champaña?

—Ya he pedido un cóctel —rió ella.

—¿De veras? Bien… Yo tomaré un *whisky*. ¡Camar…!

—Ya se lo he pedido —volvió a reír ella, poniendo una mano sobre la suya.

Nat Palmer se quedó mirando aquella mano, sin manchas de nada, con las uñas pintadas de rosa pálido, blancas, finas, elegantes… ¡Y qué tacto tan suave!

—Bien —sacudió la cabeza—. Supongo que he quedado como un tonto completo, Cornelia… Oh, no me gusta…

—¿No le gusto? —musitó ella.

—¿Usted? ¡Vayaaaa…! Quiero decir que no me gusta eso de Cornelia. ¿Puedo llamarle Neli?

—Oh, sí.

—Espléndido. ¿De qué estábamos hablando?

—De que ha quedado como un tonto completo, me parece.

—Cierto. ¡Cierto! ¿Le parezco tonto?

—No, es natural que se haya sorprendido. ¿Iremos a bailar?

—¿Ah…? ¿Sabe usted bailar?

—Claro. No pensará que me he pasado veintisiete años estudiando solamente.

—¿Veintisiete…? ¡Imposible!

—¿Cree que oculto algún año?

—Por el contrario… Yo dirá que tiene veintidós, o algo así. Creo que todavía estoy aturdido… Iremos a bailar, o a donde usted quiera. Vaya… ¿No tiene trabajo esta noche?

—Siempre tengo trabajo, pero… me muero de ganas de estar con usted. ¿Le asusta mi sinceridad?

—No, no… A mí no me asusta nada.

—Excepto una jeringuilla —rió Cornelia—. Me di cuenta perfectamente anoche de que le horripilan las inyecciones.

—A decir verdad, sí. Por teléfono me dijo usted algo —el camarero llegó con el pedido, lo depositó en la mesa y se fue—. Me dijo usted algo sobre un… Jardín de los Difuntos, ¿me equivoco?

—No.

—Bien… Es curioso… Esta mañana he ido a ver a tía Rose, y me ha mencionado algo así… Una rara oferta que fueron a hacerle. ¿Usted habló con alguien de tía Rose?

—Desde luego que no.

—¿No? ¿Está segura?

—Completamente, Nat. ¿Fueron a proponerle la crionización?

—Una palabreja así mencionó tía Rose. ¿Usted tiene algo que ver con ese Jardín de los Difuntos?

—Trabajo allí, por las mañanas. Colaboro en las investigaciones.

—¿Y no habló con nadie de mi tía?

—Le aseguro que no.

Nat Palmer parpadeó. La auténtica sorpresa que le había proporcionado Cornelia Fisher había desaparecido y ahora, su mente era exclusivamente la de un policía en plena actividad olfatoria.

—Pues no sé cómo se les ocurrió visitarla… Precisamente, tan pocas horas después de hablar yo con usted.

—Casualidad. ¿Ella aceptó ser crionizada?

—No.

—Ah. Sí, entiendo… Hay personas que no creen en eso.

—¿Usted sí? —susurró Nat.

—Aún no estoy segura. No cabe duda de que la Ciencia está avanzando mucho en la conservación incorrupta de los difuntos, pero, lo de la vuelta a la vida es más problemático. Se está estudiando esa posibilidad, claro. Y con mucho interés y entusiasmo… De todos modos, no se le hace mal a nadie.

—¿A qué se refiere?

—A la crionización. Muchos cadáveres de personajes importantes son embalsamados. Nosotros hacemos mucho más que eso. Es un intento grandioso, pero la Ciencia siempre ha sido así. ¿No está de acuerdo?

—Quizá. Mi tía habló de un hermoso jardín donde tienen a los… clientes. Le enseñaron fotografías…

—Sí. Es precioso, realmente.

—¿Usted ha… manejado algunos de esos cadáveres, Neli?

—Por supuesto. Prácticamente todos. Intervengo en la aplicación del proceso químico para su conservación.

—Ya. ¿No le impresiona trabajar con cadáveres?

—En absoluto.

—Caramba… Me habría gustado ver las fotografías de ese… jardín. Debe ser interesantísimo.

Cornelia Fisher lo miró fijamente, esbozando una ligerísima sonrisa.

—¿Preferiría ver el Jardín de los Difuntos que bailar conmigo?

—Son poco más de las cinco y media. Yo creo que habría tiempo para todo. Pero, claro, no pretendo…

—Si termina su *whisky* pronto, podemos llegar allí antes de que se haga de noche —murmuró Cornelia Fisher.

CAPÍTULO V

El silencio era sencillamente sepulcral. El sol primaveral estaba ya en pleno ocaso, y el cielo parecía teñido de color rojo rosado. La noche no tardaría ni cinco minutos en llegar.

El Jardín de los Difuntos era un espacio rectangular, de unos quinientos pies de largo por cien de ancho. Estaba cercado por paredes de grueso cristal, de grandes láminas corredizas. El conjunto producía la impresión de ser un lugar encantado, bucólico, dulce. Todo estaba lleno de macizos de flores de todas clases; debían conservar allí cierta temperatura adecuada para todas las especies florales, sin duda… Lo más parecido a un invernadero. Plantas trepadoras se adherían a las paredes de cristal, de modo que desde fuera del Jardín de los Difuntos, de lejos en la llana campiña de las afueras de Nueva York, sólo se veía un simple si bien hermoso jardín.

A la derecha, estaba lo que tía Rose había definido como pequeños mausoleos dentro de otro más grande. Era otra construcción, asimismo de cristal, pero de un grosor inaudito. Dentro, había los compartimentos que contenían los cadáveres crionizados, pero éstos no se veían, pues la… morada, era de material opaco; parecía mármol, al menos lo del exterior. Y Nathaniel Fisher supuso que por dentro estarían forradas del material adecuado para soportar herméticamente el frío que debía requerir aquella conservación científica.

En el frente de cada uno de aquellos compartimentos no había nombre alguno, sino una inscripción de letras y números.

—¿Los difuntos están ahí dentro? —musitó Nat.

—Así es. Algunos de ellos están todavía pendientes del último proceso químico… Es un trabajo delicadísimo… y apasionante.

—No lo dudo. Supongo que será algo parecido a lo que hacían los egipcios con sus faraones.

—¡Por Dios…! —rió Cornelia—. ¡No! Bueno, en cierto modo, puede ser algo parecido, pero no olvide que han transcurrido tres mil años desde entonces. Los científicos de ahora tenemos la pretensión de estar mucho más adelantados que los egipcios.

—Claro… ¿Cuál es el procedimiento de ahora?

—¿De veras quiere que se lo explique?

—Me gustaría saberlo… ¿O no lo entenderé?

—Yo creo que no.

—Intentémoslo… ¿Le parece bien, Neli?

—Por mí encantada. Me gusta hablar de mi trabajo. La cosa empieza cuando…

Durante diez minutos, Cornelia Fisher estuvo dando una exacta, perfecta, cumplida explicación del proceso de crionización al policía; por su parte, Nat escuchaba en silencio, sin hacer el menor comentario ni pregunta alguna, mientras iba mirando a todos lados… La explicación terminó cuando ya era de noche, y en cuatro puntos estratégicos del Jardín de los Difuntos se habían encendido sendas luces rojas. El ambiente no podía ser más extraño y sedante a la vez.

—Y eso es todo —terminó Cornelia—. Luego, sólo hay que esperar los sucesivos adelantos en la Ciencia, para ir aplicando a los que esperan el medicamento o intervención quirúrgica adecuada. No sé si me he explicado bien, Nat…

—Estoy seguro de que sí —sonrió éste—. Pero, con toda sinceridad, Neli, no he entendido nada.

—Me lo temía —rió ella—. Bien, puesto que ya ha visto el Jardín de los Difuntos, podemos…

—Hay algo que querría preguntarle… Bueno, no sé si está autorizada para facilitarme esa información.

—No hay nada secreto aquí, Nat.

—¿Ni siquiera los nombres de las personas que están aquí… o las que estarán?

—Oh, bien… Realmente, no solemos dar esa clase de información a nadie. Lo siento. Además, ¿qué puede importarle a usted eso?

—Bueno… Estoy pensando en tía Rose. Ella ha rechazado la

oferta de la corporación para ser crionizada, pero quizá… cambiaría de idea si supiera que algunos de sus amigos estarán también aquí. Ya sé que parece una tontería.

—No lo creo yo así —se impresionó gratamente la doctora Fisher—. Si me va diciendo los nombres de algunos amigos de su tía, quizá yo pueda limitarme a decir «sí» o «no».

—¿Usted conoce todos los nombres?

—Desde luego.

—Bien… ¿Jonathan Cavendish, por ejemplo?

—No.

—Mmm… ¿Agatha Sommervelle?

—No.

—Esto… ¿Ronald?

—Se me ocurre algo mejor —murmuró Cornelia—. Pero, por favor, no divulgue lo que sabe ni que yo se lo he facilitado, Nat.

—Seré una tumba. Quiero decir…

—Entiendo —rió ella—. Venga conmigo.

Lo tomó del brazo y caminaron por un ancho y alto corredor, también de grueso cristal, que comunicaba el Jardín de los Difuntos propiamente dicho con el edificio donde estaban instaladas las oficinas y los laboratorios. Aparecieron en la misma sala grande donde un enfermero, sentado ante una mesa, leía un libro de medicina. Alzó la mirada, sonrió tan amistosamente como antes a la doctora Fisher, y continuó estudiando. Ya en el edificio, Cornelia Fisher condujo a Nat a través de algunos pasillos, mientras iba dándole rápidas explicaciones:

—Iremos a las oficinas de la Administración. Allá hay dos ficheros, entre otras cosas, que contienen los datos que le interesan, Nat. En uno de ellos, están los expedientes de las personas que han aceptado el contrato con el Jardín de los Difuntos, cada expediente por supuesto, contiene absolutamente todos los datos sobre el cliente en cuestión, tanto financieros como familiares, análisis, ciatos médicos. Todo. Y el contrato con la corporación, claro está. En otro fichero, que es el único que podré dejarle ver, está la lista de todos nuestros clientes vivos y los ya fallecidos. Creo que un vistazo a esa lista será suficiente… ¿Sí?

—Desde luego —procuró no mostrar su entusiasmo Nat.

—Por favor, en cuanto lea un solo nombre conocido, deberá

dejar de mirar la lista, Nat. Y de nuevo le ruego que esta información no trascienda.

—Puede estar tranquila, Neli.

—Confío en su discreción, claro está. Y espero que cuando le hable a su tía sobre esto, ella también sepa ser discreta.

—Tía Rose es una mujer que toda su vida ha sido discreta en todos los aspectos. No se preocupe.

El policía a duras penas podía contener su gesto de triunfo. Era tonta. Lamentablemente, la doctora Fisher era tonta. Mucho más bonita de lo que había creído, es decir, un bombonazo auténtico, pero… tonta. Irremediablemente tonta. Lástima.

Por fin, Cornelia Fisher abrió una puerta, entraron ambos, y se quedaron como clavados en el suelo, aliviados. No había nadie en las oficinas de la Administración. Al fondo, había otras dos puertas, que correspondían a despachos de la dirección. Ambas estaban cerradas.

Cornelia se acercó a uno de los ficheros metálicos, abrió uno de los cajones, y sacó una carpeta de la cual extrajo una hoja de blanco, grueso y sólido papel en cuya cabecera constaba el nombre del Jardín de los Difuntos y su lema: Long Life for Deceased.

—Si quiere echar un vistazo —susurró Cornelia.

Nat Palmer sonrió, un tanto crispadamente. Tomó la gruesa hoja, la colocó sobre una mesa, y sacó un cigarrillo, que se colocó lentamente en los labios con una mano, mientras con la otra sacaba el encendedor. Para encender el cigarrillo se inclinó hacia el papel, como queriendo aprovechar el tiempo. La llamita apareció, el cigarrillo quedó encendido… y Nat Palmer se enderezó inmediatamente, apartándose de la mesa.

—Listo —susurró.

Cornelia Fisher se apresuró a guardar todo en su sitio, y entonces miró interesada al policía.

—¿Ha encontrado el nombre de algún conocido de los Palmer?

Nat asintió gravemente con la cabeza.

—Sí —murmuró—. Y no me sorprende gran cosa del viejo Ira Pendleton: siempre un egoísta.

—¿Egoísta?

—Es evidente que ceder la administración de toda su fortuna a la corporación, esperando «resucitar» algún día, refleja egoísmo:

sólo piensa en él, no en sus familiares, a los que deja sin nada.

—Bueno, en ocasiones no toda la fortuna del cliente queda en poder de nuestra administración. Algunos, muy buena parte, dejan algo a sus herederos…

—¿Algo? ¿Cuánto? ¿Cien mil dólares? No es cantidad que pueda alegrar a quienes siempre han vivido como millonarios, Neli.

—Quizá a algunos de esos millonarios les convenga enfrentarse con la vida por sus propios medios —replicó un poco ásperamente Cornelia.

—Sí, quizá —sonrió Nat—. ¿Lo dice por mí?

—No me gusta mentir, Nat. Sí, lo digo por usted, y por otros. Concretamente, por usted, ahora. Dígame: ¿a qué se dedica? ¿Está usted haciendo algo útil para los demás, o al menos para sí mismo?

—Vaya —refunfuñó Nat—. Creo que debimos ir a bailar directamente, Neli. Pero sepa que no soy tan inútil: administrar la fortuna de tía Rose requiere tiempo y dedicación. No es un trabajo que agote, lo admito, pero… es un trabajo, ¿no?

—Pues sí. Oh, Nat, siento haber dicho…

La puerta de uno de los despachos de la dirección, se abrió de pronto y ambos respingaron, volviéndose hacia él.

—¡Señor Gardiner! —exclamó Cornelia—. ¡No sabía que estuviera usted aquí!

—Lamento haberla sobresaltado, doctora —sonrió Gardiner—. Tengo siempre mucho trabajo y suelo quedarme algunas tardes. Un administrador siempre tiene mucho trabajo.

—¡Estupendo! —exclamó Nat—. Lo mismo estaba diciéndole yo a la doctora, señor Gardiner.

Éste sonrió cortésmente, y se quedó mirando al gigante de los cabellos cobrizos. A su vez, el policía calibraba con indiferente vistazo al personaje: de unos cuarenta años, mediana estatura, correcto, apuesto elegante… Una frente despejada, amplia, y unos ojos claros de mirada viva e inteligente revelaban ya por sí sola la buena categoría mental del hombre llamado Gardiner.

—Él es el señor Palmer —dijo Cornelia, algo turbada—. Nat, le presento a Joseph Gardiner, el administrador-jefe del Jardín de los Difuntos.

Gardiner se acercó con la mano tendida.

—¿Cómo está, señor Palmer? —sonrió—. Espero que su visita a

este… ¿Palmer? ¿Palmer?

—Palmer, sí —sonrió maliciosamente Nat.

—Oh, bien… Quizá sea pura coincidencia, claro.

—No creo —siguió sonriendo Nat—. Soy el sobrino de Rose Palmer, en efecto, la dama a la cual visitaron esta mañana dos representantes del Jardín de los Difuntos.

Los ojos de Gardiner se entornaron, en una expresión expectante, inquisitiva.

—Ah… Tengo entendido que dicha dama rechazo los servicios científicos de nuestra corporación, señor Palmer.

—En efecto, hace unas noches conocí a la doctora Fisher, y al enterarme esta mañana de la visita recibida por tía Rose, me sentí indiferente. Pero esta tarde, la doctora Fisher mencionó el Jardín de los Difuntos, y, tras sorprenderme, me pareció que ella sería tan amable de darme una información más amplia sobre la corporación. Mi interés es tan grande que incluso la doctora y yo hemos aplazado nuestra diversión de esta tarde para echar un vistazo por aquí.

—Entiendo, entiendo… ¿Es de su agrado el lugar?

—Francamente, sí. Hay algo que me intriga, señor Gardiner… ¿Quién les habló a ustedes de Rose Palmer, para que enviasen allí a dos señores con su oferta?

Joseph Gardiner sonrió amablemente, casi encantadoramente.

—Me gustaría poder contestar a su pregunta, señor Palmer, pero desgraciadamente, nuestra corporación tiene sus normas de conducta.

—Entiendo. Oh, está bien, admito su discreción. No importa, no importa.

—Es usted muy comprensivo. ¿Estaban hablando de algo referente a la administración de la corporación?

—No, no, no… Yo le decía a la doctora que soy el administrador de tía Rose, eso es todo. Al parecer, ella me consideraba algo así… como un *play*-boy divertido e inútil. Espero que usted me ayude a convencerla de que administrar fortunas no es nada fácil, señor Gardiner.

Joseph Gardiner se echó a reír de buena gana.

—Cuente con mi ayuda para eso —exclamó—. De lo contrario, yo me vería apurado para justificar mi posición en la corporación. Usted es una persona divertida, señor Palmer. De veras, es usted

simpático. Muy simpático.

Nat entornó los ojos, con una divertida expresión de astucia de personaje de cine mudo.

—¿Está halagándome para conseguir algo de mí, señor Gardiner?

—En cierto modo —volvió a reír Gardiner—. Pero presiento que será inútil intentar convencerlo.

—¿Convencerme, de qué?

—De que convenza a su tía para que firme nuestro contrato. No sé si se da usted cuenta, señor Palmer, pero, además de las grandes posibilidades para una vida futura mejor del cliente, su… aceptación de nuestros servicios favorecen a la ciencia.

—Ya me dijo tía Rose que ustedes son muy persuasivos —gruñó simpáticamente Nat—. Pero, señor Gardiner, hay factores que usted parece no tener en cuenta. Si mi tía quiere firmar por propio convencimiento, yo no me opondré demasiado. Pero, vamos, pedirme que sea yo quien ponga la fortuna de ella en manos de ustedes en lugar de las mías cuando tía Rose fallezca, es demasiado pedir… ¿No le parece?

—En efecto —admitió Gardiner—. Pero ¿qué me dice de usted?

—¿Yo?

—Sí, usted: ¿no aceptaría nuestros servicios?

—Señor Gardiner —rió explosivamente **Nat**—. Si yo les pago a ustedes ahora cuarenta mil dólares, tendré que pedirle un préstamo a tía Rose para poder seguir viviendo a mi manera. No, gracias. Tengo poco dinero, y… prefiero gastarlo en vivir, no en morir. No, gracias.

—De todos modos, es usted muy joven todavía. Quizá más adelante cambie de opinión.

—¿Por qué no? Es posible que cuando tenga la fortuna de tía Rose y unos cuantos años más, vea las cosas de otro modo. Pero, para que tía Rose… desaparezca, aún faltan muchos, muchos años. Tiene una salud de hierro. ¡Qué digo, de hierro!, ¡de acero! Y si nos perdona, señor Gardiner —miró a su reloj— la doctora y yo nos vamos a bailar, o algo así.

—Perdonados. —Gardiner miró a Cornelia—. En cuanto a mí, jamás pensé que la doctora Fisher fuese tan bonita… y tan frívola. Estoy sorprendido. Casi no la reconocí al verla, doctora.

—Bueno… Yo…

—Por favor, no intente disculparse. Pero si está mucho mejor así… ¿No es cierto, señor Palmer?

—Vaya —sonrió Nat.

—Nos… nos vamos… —murmuró Cornelia.

—Que se diviertan. ¿Ya ha mostrado al señor Palmer nuestro bello jardín, doctora?

—Sí, sí… Quise mostrarle también las oficinas… Ya nos íbamos.

—Pues lo dicho, que se diviertan. Y, doctora, vea si puede convencer al señor Palmer para que nos consiga a su señora tía como cliente. Sería una buena labor. Casi tan buena como su propio trabajo.

—Lo intentaré —quiso sonreír Cornelia.

—No soy fácil de convencer cuando se trata de dinero, pero… con una chica tan bonita y dulce. —Nat guiñó un ojo a Gardiner—. ¿Quién sabe lo que ella podría hacer de mí?

Rieron los tres, y Nat y Cornelia salieron de las oficinas.

Poco después, ya en el coche de Nat, la doctora lanzó un profundo suspiro de alivio.

—Temí que nos hubiera visto removiendo el fichero… ¡No sabía que él estaba allí!

—No vio nada.

—Nat, por favor.

—Seré discretísimo. Bien, hablemos ahora de otra cosa, que, al fin y al cabo, es la que nos interesa a los dos. ¿Adónde vamos?

—Oh, pues… a donde usted quiera. Yo… yo no suelo salir casi nunca, así que no sé… qué se hace en estos casos.

Nat la miró severamente, frunció el ceño.

—Puedo explicárselo en pocos segundos, Neli. ¿De verdad no ha salido nunca con un hombre?

—Bueno, sí… Con varios… ¡Oh, quiero decir con varios a la vez! Oh, Dios mío, lo que trato de decirle es que… que algunas noches he asistido a cenas, conferencias… Cosas así. Pe… pero…, pero para divertirme exclusivamente, pues… nunca.

Era tonta. Tonta completa. Pero en fin… ¡era tan bonita!

—Bueno —murmuró Nat—. En estos casos, se suele ir a cenar, luego a algún club nocturno, se baila un poco, se bebe champán si hay dinero para eso, se da un paseo a la luz de la luna y mucho

mejor si es a la orilla del mar o de un lago… Esto, en primavera, claro. Luego, el caballero lleva a la señorita a su casa, y, según la… experiencia de ella, le invita o no le invita a entrar para tomar el último trago.

—¡Oh, sí! ¡Es maravilloso!

—… Y de un modo u otro, al despedirse, el caballero suele besar a la señorita, como… fin de fiesta. O quizá como principio de la fiesta auténtica. Ejem… Depende… de la señorita. ¿Sigue pareciéndole maravilloso?

Se había inclinado mucho hacia ella y Cornelia parecía acorralada contra la portezuela de su lado. Tenía los ojos muy abiertos, y su boca tembló visiblemente cuando tartamudeó:

—Yo… yo… yo… ere… creo que deberíamos… empezar por… por el principio, Nat…

—Okay —masculló Nat, separándose y poniendo el coche en marcha—. Empezaremos por el principio.

Era tonta. Rematadamente tonta.

CAPÍTULO VI

Nat detuvo el coche delante de la casita en las afueras de Nueva Jersey, apagó el motor, y se volvió hacia Cornelia Fisher, que permanecía inmóvil a su lado, como alucinada.

—Hemos llegado —susurró el policía.

—¿Eh…?

—Hemos llegado a tu casa.

—Ah… ¡Oh, sí! Sí, hemos llegado.

—¿No te habías dado cuenta?

—No. Estaba pensando…

—¿En qué?

—Ha sido una noche tan agradable… Todo, todo ha sido hermoso y agradable: la cena, el club nocturno, nuestros bailes… El paseo junto al río. ¡Todo! Creo…, creo que me he estado perdiendo una buena parte de la vida, Nat.

—Así parece —sonrió él—. Podemos repetir la fiesta siempre que quieras, Neli.

—¡Oh, sí! ¡Sí!

—¿Mañana?

—No sé si podré. Mañana tengo mucho trabajo en el Jardín… Me gustaría, Nat, pero no puedo asegurártelo ahora.

—Estaré en mi apartamento esperando. ¿Me llamarás cuando lo sepas?

—Sí… Sí, te llamaré.

—Bien. Mmm. ¿Me invitas a una copa?

Cornelia lo miró fijamente, sus ojos brillaban en la oscuridad del interior del coche.

—¿Estás pensando… que la verdadera fiesta comience ahora, Nat? —musitó dulcemente.

—Bueno… No, no…

—Estás acostumbrado a esto, ¿verdad? A la última copa… Entras en el apartamento de la chica de turno, tomáis la copa y…

—No estoy intentando nada de eso —gruñó Nat—. Tan sólo te he preguntado si me invitas a una copa.

—Ya me enseñaste el juego. Y… no. No, Nat. Aquí nos despedimos.

—Está bien. Si tienes miedo de mí…

—¿De ti? ¡Claro que no! De quien tengo miedo es de mí misma. Temo… que estoy demasiado…, lanzada. Me resultaría difícil pararme a poco que tú… me empujases un poquito más.

—Eres muy sincera —musitó Nat, sonriendo levemente, tendió su mano—. Bien: buenas noches, Neli.

Ella aceptó su mano, Nat Palmer la notó fría, rígida, un poco temblorosa quizá en su rigidez, Cornelia lo miraba fijamente y Nat se dio cuenta de que tragaba saliva con dificultad, de que sus labios temblaban. Tiró suavemente de la mano de ella, y Neli cedió con toda docilidad a la tracción, cerrando los ojos. Nat Palmer también tragó saliva, y se quedó mirando aquellos labios tan bonitos, tan turgentes. Cuando se dio cuenta, los estaba besando, muy despacio, notando su suave calor, su ternura. Cornelia había soltado su mano y había rodeado con ambos brazos el cuello del policía apretándose fuertemente contra éste. Nat pasó su mano por la cintura de la doctora Fisher, y la notó tibia y elástica, mórbida…

Cornelia se apartó, lentamente. Durante unos segundos, se estuvieron mirando, con fijeza. De pronto, ella abrió la puerta del coche, salió, y se alejó, rápidamente. Abrió la puerta de la casa, y entró, sin volverse a saludar siquiera.

Nat Palmer sonrió, fruncido el ceño. Quería ser una sonrisa de suficiencia. Pero la verdad era que se sentía desconcertado, y un poco como… derrotado, y vencido.

—Tonterías —mascculló.

Y puso en marcha el coche.

* * *

—Hola —sonrió—. Pasa.

Martin Sherman entró en el apartamento de Nat Palmer, frunciendo el ceño en un gesto agrio. Llegaba todavía con cara de

sueño, y se notaba que se había vestido apresuradamente. Se había peinado con los dedos por el camino, estaba claro.

Nat cerró la puerta y señaló hacia el *living* de su casi lujoso apartamento.

—¿Sabes la hora que es? —masculló Martin Sherman.

El policía miró su reloj.

—Las cuatro y veinte… ¿No?

—¡De la madrugada! —estalló Sherman—. Maldita sea, llevo una temporada que mis pacientes me dejan dormir, y tú te dedicas a fastidiarme.

—Oye, chico, que fuiste tú quien me metiste en esto, ¿no es así? Pues ahora te aguantas. Además, esta noche te tocaba a ti venir a visitarme. ¿Sabes que a tía Rose fueron a proponerle la crionización ésa?

El doctor Sherman respingó.

—¡Dios…! ¡Hay que impedir…!

—Tranquilo, hombre. Ella no aceptó. Vamos al *living*. ¿Quieres café?

—¡Café! Lo que necesito es un sedante, no un excitante. Respecto a tu tía…

—Deja eso de mi cuenta. ¿Sabes algo del sistema que siguen para crionizar los cadáveres?

—Bueno. Tengo ciertos conocimientos sobre el asunto.

—Siéntate —habían llegado al *living*, y Nat señaló un sillón—. Y escucha bien esto, es posible que te interese profesionalmente.

Sacó una pitillera de oro, la dejó sobre una mesita, y, para asombro de Martin Sherman, de la pitillera comenzó a brotar una voz de mujer. El médico miró vivamente al hombre del Police Department.

—¿Qué es esto? —musitó.

—La doctora Fisher me dio una pequeña conferencia privada sobre el modo en que trabajan con los cadáveres para convertirlos en momias. Creí que te interesaría. Hay un magnetófono miniatura en esa pitillera.

—Demonios…

—¿Quieres un poco de coñac?

—Bueno.

Mientras Martin Sherman escuchaba la explicación que Cornelia

Fisher había dado a Nat en el Jardín de los Difuntos, el policía sirvió una copa de coñac a su amigo, encendió un cigarrillo, desapareció por una puerta, reapareció cuatro o cinco minutos más tarde, y por fin, se sentó, hasta que la grabación terminó. Entonces, detuvo la marcha de la finísima cinta, se guardó la pitillera y preguntó:

—¿Lo has entendido?

—Claro. Pero todo esto son generalidades. No te ha dicho nada fundamental, que pueda desvelar secreto alguno sobre la crionización.

—¿Te interesaría conocerlo todo a fondo?

—¿Podrías conseguirlo?

—Seguro. Esa chica es tonta, de veras. Me diría todo lo que yo quisiera saber. ¿Te interesa?

—No demasiado, francamente. Como curiosidad profesional está bien, pero… lo mío es salvar a los vivos, no a los muertos. Eso lo dejo al Jardín de los Difuntos.

—Okay. Asunto olvidado, entonces, por esta parte. Vamos a lo otro: tengo la lista.

—¿La lista de qué?

—¿Qué demonios te pasa? —Gruñó Nat—. ¿Estás dormido? Fuiste tú quien vino a buscarme para pedirme que te consiguiera la lista de los clientes del Jardín de los Difuntos, ¿no?

—¿La tienes? —saltó Sherman.

—De los vivos y de los muertos. Toda la lista.

—Cielo santo… ¿Cómo la has conseguido?

—Se la pedí a Neli, y ella me la facilitó.

—¿Neli?

—La doctora Fisher. Espera un momento; voy a buscar esa lista. Se está secando.

—¿Cómo, que se está secando?

—Martin, no entiendes nada de nada. Tomé una micro-foto de esa lista con mi encendedor especial; vine aquí, la revelé, hice una ampliación en mi laboratorio de aficionado, y en estos momentos ya debe estar lo bastante seca para poder manejarla. Voy a buscarla.

Cuando regresó, con una fotografía del tamaño de una cuartilla corriente, Martin Sherman todavía estaba con la boca abierta. La cerró de golpe, sus ojos brillaron y tendió una mano hacia su amigo.

—Déjame verla.

—Te la puedes quedar, si quieres. Puedo obtener otras copias cuando quiera, naturalmente. Espero que todo esto haya servido de algo, Martin.

El joven médico estaba dedicando toda su atención a la lista de clientes del Jardín de los Difuntos. A medida que avanzaba en la lectura, su rostro se iba animando más y más. Cuando alzó la mirada sus ojos relucían alegremente.

—Estupendo —exclamó—. Ya la tengo.

—Me pregunto para qué demonios la quieres.

—Ya te lo dije… Hay aquí todavía otro cliente del Jardín de los Difuntos que es paciente mío. Me dedicaré a vigilarlo.

—¿Para evitar que lo maten?

—Creo notar algo de ironía en tu voz, Nat.

—Oh, vamos, Martin… Admito que todo esto es… llamativo, pero me pregunto hasta qué punto puedes estar acertado en tus sospechas, acusar de algo así a una corporación como ésa es una barbaridad, hombre.

—No perdemos nada interesándonos en el asunto. Has hecho un buen trabajo, ¿eh? —sonrió Sherman—. Y parece que no has tenido la menor dificultad en manejar a la doctora Fisher.

—Ninguna. Es una encantadora jovencita.

—¿Una… qué? —rió Sherman.

—Un poco tonta, eso sí.

—Pero… ¿has dicho que es una… encantadora… jovencita?

—Ya te la presentaré en su aspecto real en cualquier momento. Bien, parece que he terminado el encarguito que me hiciste, ¿cierto? Pues buenas noches, querido, y hasta la vista. Espero que te olvidarás de mí por una temporada…

—De acuerdo…, por ahora. Si descubro algo, te avisaré. ¿Vas a ir de vacaciones a alguna parte?

—Había pensado ir a… ¡Ah, no! ¡Ni lo sueñes matasanos! Si tienes más sospechas te vas al Departamento y hablas con el inspector… ¡Yo me largo!

—¿Cuándo?

—Pues… No sé… Neli me llamará durante el día de hoy… Ya veremos lo que decido después de haber hablado con ella.

—¿Estás hablando en serio? —rió Sherman, poniéndose en pie.

—Me parece que sí. Ah, déjame echarle un vistazo a esa lista. Aún no la he mirado yo, pues me limité a echarle un vistazo mientras la fotografiaba. El viejo Pendleton está en ella, el muy egoísta… Déjame ver si hay algún amigo más de tía Rose.

—Claro que hay más. Pocos, pero hay. Parece que la crionización se va a poner de moda. Si esto sigue adelante, y llegasen a tener éxito, cosa que dudo, dentro de mil años «resucitarían» tantos muertos que ya no cabría nadie en el mundo. Creo que están locos. Como científicos son admirables, de acuerdo. Pero, considerando las cosas… ¿Qué te pasa?

Nat Palmer había estado leyendo la lista, hasta que, lentamente, fue alzando la cabeza, y su mirada quedó fija, penetrante, como en hipnosis, en su amigo de la infancia.

—¿Qué te pasa? —insistió Sherman—. ¿Por qué me miras así?

—Es extraño —susurró el policía—. Es extraño…

Martin Sherman parpadeó, confuso. No sólo por las enigmáticas palabras de Pat Palmer, sino por la transformación que estaba sufriendo éste. Hasta aquel momento, Nat se había limitado a emprender más o menos divertido aquel trabajillo, más por complacer al amigo que por otra cosa. Pero, de pronto, Sherman lo veía erguirse, mirar de modo diferente, fruncir el ceño de modo diferente… Por un instante, le pareció que Nat no era el alegre y siempre divertido amigo de la infancia, sino un inesperado adulto, que lo sorprendía.

—¿Qué es lo extraño? —inquirió, con voz tensa.

—¿Recuerdas el apellido De Witt?

—¿De Witt? Bueno, está en la lista, claro…

—Eso ya lo sé. Te pregunto si lo recuerdas de antes.

—No… Creo que no… ¿Por qué?

—Los De Witt… New Haven, Connectticut… ¿No lo recuerdas?

—Francamente, no.

—¿Tampoco te dice nada el apellido Winslow? Ésta en la lista, lo sé. Pero… ¿no te recuerda nada?

—Bueno… Creo que Aaron Winslow era un millonario que falleció… Está en la lista, sí… Nat, no te entiendo. ¿Qué ocurre?

Verdaderamente, Nathaniel Palmer había sufrido una transformación. Tanta, que por primera vez Martin Sherman llegó a pensar que aquello de haberse hecho policía no había sido una

broma de millonario. No. Había algo diferente ahora en Nat. Muy diferente. Lo vio encender un cigarrillo, sentarse en un sillón, permanecer inmóvil durante un par de minutos, salvo para fumar, pensativo… Por fin, Nat miró a su amigo, con una extraña luz en los ojos.

—Voy a visitar a un amigo —susurró—. ¿Quieres venir?

—¿Visitar a…? ¡Son casi las cinco de la mañana!

—Al que madruga, Dios le ayuda —sonrió secamente Nat Palmer.

* * *

Mike Temple abrió la puerta de su apartamento cayéndose de sueño, poniéndose al revés la bata, y perdiendo una zapatilla por el camino desde el dormitorio. Le pesaban tanto los párpados que, en un cómico gesto de ira, decidió sujetarse con dos dedos los del ojo derecho para mirar a su importunísimo visitante, mientras crispaba la boca en el principio de una ruda pregunta, pero sólo dijo:

—¡Oh, no!

—Hola, Mike —sonrió Nat Palmer—. Te presento al doctor Martin Sherman, un amigo de toda la vida.

—Encantado —farfulló Temple—. Adiós, doctor.

Iba a cerrar la puerta, pero Nat la empujó, casi derribándole. Entraron los dos, Nat cerró la puerta, encendió un cigarrillo, y lo puso entre los labios de Mike Temple, que quedó tambaleándose, como un divertido fantoche.

—¿Qué hora es? —refunfuñó.

—Las cinco y diez.

—¿De la tarde? ¡Vaya, sí que he dorm…!

—De la mañana, Mike.

—¿Ha estallado la guerra con los rusos, al fin?

—Todavía no. Escucha, si no te despejas sólo voy a meter tu cabezota debajo de un buen chorro de agua fría.

—No te molestes; lo haré yo.

Puso el cigarrillo en los dedos de Nat, se adentró en el apartamento seguido por los dos visitantes, y desapareció en el cuarto de baño. Salió dos minutos después, peinado, con los ojos un poco más abiertos, la bata bien puesta, y buscando con la mirada su zapatilla perdida. La encontró, recuperó el cigarrillo de manos de

Nat, y se tiró en el sofá.

—Te demandaré —dijo—: nocturnidad, malos tratos y abuso de autoridad. Estás acabado como policía, Nat.

—¿Te gustaría ganar el premio Pulitzer? —sonrió el policía.

Fue como el sonido del gong para un boxeador. Mike Temple, periodista de nacimiento como él solía decir, dio un salto, el cigarrillo saltó por el aire, perdió ambas zapatillas… y se quedó mirando, como una fiera mira a su presa, al hombre del Police Department.

—¿El qué? —aulló.

—El premio Pulitzer de periodismo. Escucha, Mike, no es seguro, ¿lo entiendes? Puede que todo quede en nada… Pero puede que consigas una serie de artículos tan sensacionales que nadie se atrevería a discutirte ese premio.

—Pero ¿hay alguna pequeña oportunidad?

—Sí. Te he ayudado muchas veces, ¿no es cierto? Ahora, se trata de que tú me ayudes a mí, y si lo que ha pasado por mi mente fuese cierto, demostrarás ser el peor periodista del mundo si no ganas ese premio.

—Doctor —miró Temple a Sherman—, ¿está bien Nat? ¿No se habrá vuelto loco?

—Lo dudo —sonrió Martin—. Pero tengo un amigo psiquiatra…

—Estoy hablando en serio —gruñó el policía—. Y quiero que se me atienda en serio.

—Muy bien. ¿Qué puedo hacer por ti a las cinco de la mañana?

—¿Recuerdas los apellidos De Witt y Winslow?

Mike Temple frunció el ceño, ladeó la cabeza, entornó los ojos y se rascó la barbilla.

—Sí… Sí, algo recuerdo.

—¿Algo? ¿No todo? En los periódicos salió…

—Oye, me paso la vida leyendo noticias de todo el mundo —masculló Temple—. Y mi cabeza no es un cerebro electrónico. Recuerdo algo, pero no en concreto… Me suenan, desde luego. Sí. Esos nombres salieron hace algunos meses en los periódicos. Pero no recuerdo en cuáles, ni de qué iba el asunto.

—Pues tienes que recordar todo eso. Es tu trabajo, ¿no?

—Sí, claro. Bueno, puedo llamar a algunos compañeros que…

—¡No! Tienes que hacerlo tú solo, Mike. Y sin mencionar ni una

sola palabra de este asunto a nadie.

—Cáscaras… Está bien, iré a la hemeroteca cuando tenga un momento y…

—Cuando tengas un momento, no. Irás en cuanto abran esta mañana —miró su reloj, y sonrió secamente—. Te espero a las diez en mi apartamento… con datos concretos.

—¡A las diez! ¡Tú estás loco! —chilló Temple—. ¡En menos de una hora no podré…!

—A las diez —cortó Nat—. Y será bueno que empieces a estrujar tu memoria a partir de ahora mismo. Buenos días, Mike.

CAPÍTULO VII

Todavía cerrados los ojos, alargó la mano, descolgó el auricular, y se lo llevó al oído.

—¿Sí? —graznó.

—¿Nat?

El policía dio un salto, y quedó sentado en la cama, muy abiertos los ojos. Su mirada fue rápidamente al reloj de la mesilla de noche, las nueve y media. Por el ventanal se veía el luminoso sol de primavera.

—¡Neli! Eres tú…

—¿Estabas durmiendo todavía? —rió Cornelia Fisher.

—Pues sí… Bueno, pero ya estoy despierto. Del todo. ¿Tienes algo que decirme?

—Lo siento, Nat… Precisamente, te llamo por eso. Temo que hoy no podremos vemos. Y quizá tampoco mañana. Haré lo posible, pero…

—¿Ocurre algo?

—No, no… Solamente que tenemos un cliente aquí, en el Jardín, y tengo mucho trabajo con él.

—Oh, sí, ya sé…

Hubo un brevísimo silencio.

—¿Ya lo sabes? —murmuró Cornelia.

Nathaniel Palmer pensó rápidamente en su desliz. Claro que él sabía que tenía que haber un nuevo cliente en el Jardín de los Difuntos. Era el paciente fallecido días antes, pese a los buenos cuidados de su amigo Martin Sherman. Claro, ya lo debían tener listo para empezar a convertirlo en algo… «perdurable».

—He querido decir que entiendo, querida.

—Ah, bien… Lo siento de veras, Nat.

—No tengo la menor intención de molestarte en tu trabajo, te lo aseguro —sonrió Nat al teléfono, amablemente—. Avísame cuando estés disponible para una nueva fiesta. Supongo que no puedo ayudarte en nada.

—Claro que no —rió Cornelia—. Pero te lo agradezco. Si puedo hacer una escapada, te avisaré, Nat.

—De acuerdo.

—Adiós, Nat.

—Adiós… Saluda al señor Gardiner de mi parte.

Colgó, volvió a mirar el reloj, y saltó de la cama. A las diez llegaría Mike Temple, y quería estar listo para entrar en movimiento en cuanto tuviera los datos que le había pedido.

Se duchó, se afeitó, se vistió, desayunó con excelente apetito, ordenó el apartamento… A las diez y media, Mike Temple todavía no había llegado.

A las once sonó el timbre del apartamento, y el policía se precipitó hacia la puerta, y la abrió, mascullando:

—Maldita sea, te dije a las di…

Enmudeció bruscamente. Desde luego, no era Mike Temple. Mike no llevaba nunca pintados los labios, ni aquel delicado maquillaje de mañana primaveral, ni aquella faldita tan cortita, ni un jersey tan escotado. Tampoco tenía las caderas y el busto tan perfectos, ni calzaba zapatos de tacón alto. Además, Mike era moreno, y aquella preciosa muchacha era rubia.

Lo miraba con los ojos muy abiertos, sobresaltada, y Nat se esforzó en sonreír, torciendo la boca hacia un lado en una mueca tonta.

—Perdón —murmuró—. Estaba esperando… ¿Qué se le ofrece, señorita?

—Me… me llamo Lucy Andrews, señor. Soy agente de ventas de… de la Stanton Encyclopedia y… y…

—Oh, sí. Entiendo. Vende usted libros, claro.

—Sí…, sí, señor. Bueno, es una enciclopedia que…

—Discúlpeme —sonrió Nat, todo miel—. Siento mucho no poder atenderla ahora. Estoy esperando una visita. Quizá en otro momento.

La muchacha se sonrojó.

—Sí, entiendo. Perdone…

—No hay de qué. Buenos días.

—Buenos días…

La muchacha sonrió brevísimamente, se inclinó, recogió el portafolios de piel atestado de libros que tenía junto a sus pies, se enderezó, miró a Nat Palmer… y sus ojos giraron velozmente en las órbitas, su boquita se abrió en un gesto de angustia, se tambaleó, y al segundo siguiente Nat Palmer la tenía en sus brazos, desvanecida.

Durante un par de segundos, el policía se quedó petrificado, sosteniendo a la muchacha.

—Demonios —masculló.

Miró a ambos lados del pasillo, pero no había nadie allí. Vaciló, pero, finalmente, hizo lo único que se podía hacer: llevó a la muchacha al interior de su apartamento, la tendió en el sofá, y se quedó mirándola, rascándose la nuca. Volvió al pasillo en busca del maletín, lo dejó junto al sofá, y de nuevo miró a la muchacha.

—Bueno… —bufó.

Fue al cuarto de baño, empapó una toalla, la escurrió y regresó al *living*. Colocó la toalla en la frente de la preciosa rubita, y acto seguido, le tomó el pulso. Todo bien. Un simple desvanecimiento, era evidente. Se incorporó, y volvió a rascarse la nuca. Una buena idea era llamar a una ambulancia, pero tampoco había que darle ese giro trágico al asunto. Total, por un desfallecimiento…

La muchacha parpadeó. Volvió a parpadear. Abrió completamente los ojos, miró al techo, estuvo un segundo inmóvil y de pronto se sentó, velozmente, lanzando una exclamación. Sus ojos se desorbitaron al ver al guapo sujeto que la sostuvo por los hombros, pero en seguida, pareció en sus pupilas una luz de reconocimiento.

—Oh —gimió.

—¿Se encuentra bien? —sonrió Nat.

—No sé… Sí, creo que sí… ¿Qué ha pasado?

El policía decidió tomarse el insignificante asunto por el lado simpático.

—Se desmayó usted al ver a un hombre tan guapo… y cayó en mis brazos, naturalmente. Me pasa cada día… varias veces. De veras.

La muchacha también sonrió. Nat la soltó, y se sentó a su lado, en el sofá.

—Siento mucho lo ocurrido, señor… No sé qué me ha pasado…

—Ya se lo he dicho: flechazo fulminante. ¿Café?

—No, no… Tanta molestia…

—No sea niña. Ni me molesta, ni soy un conquistador de pacotilla. Creo que un café bien cargado le sentará bien. ¿O prefiere otra cosa?

—Yo creo que… que el café está bien.

—Okay. Ya vuelvo.

Cinco minutos más tarde, la preciosa rubita tomaba el café humeante. En realidad ya estaba completamente recuperada, pero el café completó el proceso. Nat Palmer la miraba con amable curiosidad.

—Gracias —musitó ella—. No sé cómo ha podido pasarme.

—¿Es usted casada?

—No —se sorprendió ella—. ¿Por qué?

—Bueno… Las señoras acostumbran a tener niños, y a veces mientras los esperan, pues… Bueno… Claro que a veces, aunque no estén casadas, pues…

—No, no —se sonrojó la muchacha—. Soy soltera, señor, sin compromiso, y… creo que una chica seria.

—Lo celebro.

—Usted… quizá está pensando que todo esto es un… truco para entrar, para intentar convencerle de que compre una enciclopedia.

—Qué barbaridad. Ni se me había ocurrido eso —mintió Nat.

—Bueno… Creo que debo marcharme… Gracias por todo.

—No vale la pena. ¿Está segura de que pueda ir sola?

—Sí, sí… Es usted muy amable, señor… señor…

—Palmer. Nat Palmer, señorita Andrews. A sus pies.

—Ojalá.

—¿Qué?

La muchacha volvió a sonrojarse.

—Na… nada —tartamudeó—. Nada. Es usted un… un caballero muy amable, señor Palmer. No dudo que debe… tener un gran éxito con… con las chicas.

Nat Palmer entornó un instante los ojos. Sólo un instante.

—No se me dan tan mal —admitió con un susurro.

—Claro…

—Aunque todavía no tengo en mi colección ninguna vendedora

de libros.

—Será porque usted no qui… Oh… ¡Oh! Bu… bueno, yo… me…, me voy… ¿De verdad, no quiere… mi enciclopedia?

—Quizá podría llegar a interesarme. Pero, como le he dicho, estoy esperando una visita ahora, y no podría atender sus elogios de tan formidable enciclopedia.

—Sí, claro… Si quiere que vuelva otro día, o que nos veamos en otro sitio.

Nat Palmer volvió a entornar los ojos, para ocultar el ardiente destello que pasó por ellos.

—Seguramente tendré la tarde libre —sonrió—. Pero claro, no sé si usted también…

—¡Oh, sí, sí! También puedo tener la tarde libre… para usted.

—Entonces, quizá le compre una enciclopedia.

—Pero no es por eso… Qui… quiero decir que de todos modos… ¿De verdad nos veremos esta tarde?

—Donde usted quiera y a la hora que quiera.

—Bien… Yo vivo fuera de Nueva York, así que… ¿Qué prefiere usted: un sitio movido o tranquilo?

—Creo que la tranquilidad nos irá bien a los dos.

—Sí… ¿Conoce un parador llamado The Rabbit en la carretera que va a White Plains?

—No, pero lo encontraré.

—¿A las… seis?

—Qué hora tan estupenda —volvió a reír Nat—. Estaré allí puntualísimo, preciosa. Y ya veremos el modo de…

Sonó el timbre, y los dos miraron hacia la salida del *living*.

—Su visita —musitó Lucy Andrews.

—Sí. Esta vez sí debe ser él. Ya ve que no mentía. ¿A las seis?

Lucy Andrews asintió con la cabeza, no poco turbada. Recogió su maletín lleno de libros, y ambos salieron del *living*. Nat abrió la puerta cuando Mike Temple se disponía a llamar suavemente. El periodista abrió la boca con un gesto agrio, que se convirtió en seguida en estupefacto al ver a la graciosa rubita. Se apartó, cediéndole el paso, todavía boquiabierto.

—Adiós, señor Palmer.

—Adiós, señorita Andrews… Adiós. Tú, ¿pasas o no pasas?

Mike Temple entró, Nat cerró la puerta, y se quedó mirando a su

amigo, pero sin verlo, profundamente pensativo.

—No sé cómo te las arreglas —gruñó Temple—. Siempre tienes lo mejor del corral. ¿Dónde la pescaste ahora? O sea, esta madrugada.

—No digas tonterías. Me gustan las mujeres, pero hago las cosas con seriedad, Mike. Soy un policía, no un libertino.

—Ya, ya… ¡Pero menudo bombón!

Nat se encogió de hombros.

—Pasa.

Segundos después, ambos estaban en el *living*, sentados. Mike Temple sacó unas páginas, mecanografiadas.

—He venido con retraso, porque tuve que localizar esos artículos, copiarlos en taquigrafía y luego pasarlos a máquina. Trabajo de chinos. Y me pregunto —refunfuñó— qué puede tener que ver esto con el premio Pulitzer.

—Paciencia. Veamos eso.

Tomó las cuartillas mecanografiadas, y se dedicó a leerlas, sin prisas, muy atentamente. Mike Temple lo escrutaba con gran atención, astuta su mirada, pero se llevó chasco, ni un instante varió la hermética expresión del policía. Cuando terminó la lectura dobló las páginas, se las guardó, encendió un cigarrillo, y sonrió fríamente.

—Gracias, Mike, y adiós.

—¡Cómo, adiós! —explotó el periodista—. Oye, me he vuelto tonto buscando esos artículos sobre dos accidentes que costaron la vida a unas personas, y quiero saber…

—Adiós, Mike.

—Escucha, polizonte aristocrático.

—¿Somos amigos o no? ¿Confías en mí o no? —cortó Nat.

Adusto el gesto, Mike Temple estuvo unos segundos mirando a aquel policía que, en general, parecía tomarse la vida a broma. Sí: lo estuvo mirando muy atentamente. De pronto, se levantó, recogió su sombrero, y se fue hacia la puerta.

—Ya sabes dónde vivo —musitó—. Puedes venir cuando quieras. Aunque sea a las cinco de la madrugada.

CAPÍTULO VIII

A las seis menos un minuto de la tarde, Nat Palmer detenía su coche en el aparcamiento del parador The Rabbit, situado a la derecha de la carretera de Nueva York City a White Plains, un par de millas antes de llegar a esta localidad.

Se quedó mirando con el ceño fruncido el cochambroso edificio del parador. Si lo de dentro correspondía a lo de fuera, ciertamente, no se podía esperar elegancia ni servicio esmerado allá. Todavía fruncido el ceño; miró a su alrededor, sentado ante el volante. No vio nada que le llamase especialmente la atención. Había un surtidor de gasolina, un pequeño taller de reparaciones y servicios para el automóvil y eso era todo.

Sacó su pitillera, de ella un cigarrillo, y lo encendió. Sacó de la pitillera todos los demás, excepto uno; se guardó la pitillera y metió los cigarrillos sueltos en la guantera. Al retirar la mano, tenía en ella un pequeño revólver del calibre veintidós, metido en su funda. Se aflojó su cinturón, pasó la trabilla de la funda por él, y finalmente el arma quedó en su cintura, hacia el costado izquierdo. Por fin, se palpo el bolsillo derecho exterior de la chaqueta, y tras convencerse de que todo estaba en orden, salió del coche, con expresión risueña, tirando a tonta. Miró a todos lados, hizo un gesto de escepticismo, y caminó hacia la entrada del parador.

Tras mirar a todos lados con expresión de desagrado, se dirigió hacia una mesa colocada en un rincón muy conveniente. Se sentó, y en seguida, el hombre que había tras el mostrador salió de allí, acercándose. En la barra, tres o cuatro hombres volvieron a su conversación tras contemplarlo con indiferencia.

—Usted dirá —murmuró el camarero.

—*Whisky* con hielo.

—Okay.

—¿Tiene champaña?

—Algo quedará.

—Ponga una botella a enfriar para cuando se la pida.

—Okay.

Eran las seis en punto.

A las seis y dos minutos, mirando por la ventana, vio llegar el pequeño coche deportivo. Del coche se apeó Lucy Andrews, y segundos después la muchacha entraba en el parador. Lo vio en el acto, y fue hacia él, sonriendo tímidamente, Nat se puso en pie.

—Siento haberle hecho esperar —musitó.

El policía miró su reloj y sonrió.

—Dos minutos no es esperar. ¿Qué querrá tomar?

—«Coca-Cola».

Se sentaron los dos, mirando Nat a la muchacha con el ceño un tanto fruncido.

—¿«Coca-Cola»? —masculló.

—Sí… No me gustan las bebidas alcohólicas.

—¿Ni siquiera el champaña?

—Oh, el champaña es diferente… Pero a estas horas…

Nat asintió con la cabeza. Hizo señas al camarero, que los contemplaba con curiosidad. El camarero siguió la dirección de sus señas, vio un cartel de publicidad de
«Coca-Cola»
y asintió con la cabeza, haciendo el gesto del okay con el índice y el pulgar de la diestra.

—Bien —sonrió Nat—. Aquí estamos.

—Sí… Aquí estamos.

—No hay duda de eso, ¿verdad?

—No…

—Vaya… Con que aquí estamos usted y yo, tan campantes… ¿No ha traído sus libros? —se sorprendió.

Lucy Andrews se sonrojó una vez más. Tenía una facilidad más que asombrosa para conseguirlo. Asombroso por cuanto una muchacha tan… asequible, no tenía por qué ruborizarse con tanta frecuencia. O mejor dicho, con ninguna. Llevaba un bonito vestido de tarde, se había recogido los cabellos en la nuca y parecía tan joven y tiernecita que Nat se preguntó si no se estaría metiendo en

líos con una menor de edad. Eso sí que sería gracioso. Y con la fama que él tenía de conquistador, cualquiera le explicaba al inspector Heston que todo era una…

—No he venido aquí para venderle libros —susurró Lucy.

—¿Ah, no? Bueno, yo creí… Como esta mañana…

—Ya le dije que con un hombre como usted lo de venderle libros no tiene importancia, señor Palmer.

—¿Cómo debo interpretar eso?

—No…, no sé… Bueno…

—A lo mejor, usted me encuentra atractivo y simpático, y está aquí por puro gusto personal.

—Creo que… que sí, señor Palmer…

—Oh, vamos —él le tomó una mano, por encima de la mesa—. Llámame Nat a secas. ¿De acuerdo, Lucy?

—Sí, sí, de… de acuerdo.

—Ajajá. ¿Quieres un cigarrillo?

—Bueno.

El policía sacó su pitillera, la abrió, y torció el gesto.

—Vaya. Sólo me queda uno.

—Oh, fuma tú. A mí me es igual. Además yo tengo.

—Estupendo. Yo te invito a ti y tú me invitas a mí Alargó la pitillera, Lucy tomó el cigarrillo, y Palmer metió la mano derecha en el bolsillo exterior del mismo lado de la chaqueta. Sacó el encendedor, dio fuego a la rubita y dejando la pitillera sobre la mesa alargó la mano hacia el bolsito de Lucy. Sosteniéndolo con la mano izquierda, lo abrió con la derecha, metió la mano dentro, sacó el paquete de cigarrillos, tomó uno, lo guardó, cerró el bolsito, y encendió el cigarrillo. Por fin, se guardó el encendedor, ahora en el bolsillito interior inferior izquierdo de la chaqueta.

—Bien —dijo, echando más humo que una fábrica—. Creo que…

—«Coca-Cola». Con limón, ¿no?

Los dos miraron al camarero, que acababa de depositar el vaso ante Lucy.

—Sí, con limón. Está bien, gracias.

—Okay.

El camarero se alejó. Nat Palmer sonrió, mirando a todos lados con expresión un tanto sarcástica.

—No es un sitio muy elegante, ¿verdad? —dijo Lucy.

—Ni mucho ni poco. Es un tugurio. ¿Vives cerca de aquí?

—Relativamente. Pero si te dije de encontrarnos aquí fue porque es un lugar barato.

—¿Barato?

—Sí… Bueno, no me gusta meter en compromisos a nadie que…

—Tonterías, amor. Si era por eso, ya podemos largarnos de aquí ahora mismo. Como comprenderás, un hombre que vive en un apartamento como el mío no tiene miedo de gastar unos cuantos dólares.

—Sí… lo… lo pensé, pero a veces… Oh, seguramente he sido una tonta. Debí comprender que eres… millonario, o algo así…

Nat Palmer consiguió soltar una divertida carcajada.

—Más bien algo así —exclamó—. No tengo nada de millonario. Aunque tampoco se pueda decir que soy un muerto de hambre, claro.

—Me alegra oír eso. Aunque tú… deberías ser millonario, Nat.

—¿Debería?

—Quiero decir que todo tu aspecto, tus modales… son de millonario.

—Quizá lo sea algún día… Bueno, quizá no; es seguro que lo seré, amorcito.

—¿Sí? —exclamó la muchacha.

—¡Vaya que sí! Tengo una tía millonaria, y yo soy su único heredero. Y al decir millonaria, no me refiero a un millón o dos, ¿comprendes? Sino a varios millones.

—Me alegro mucho por ti —sonrió la muchacha—. Iba a decir que ojalá heredes pronto, pero supongo que te parecería…, una brutalidad. Debes querer mucho a tu tía, seguramente.

—¿A esa vieja chiflada y egoísta? —masculló el policía; soltó un bufido—. Si la conocieras no dirías que nadie pueda quererla. Y yo menos que nadie. El diablo cargue con ella.

—Hablas de un modo…

—Como ella se merece —bufó de nuevo Nat—. No es más que una vieja molesta y roñosa. Sin ir más lejos, el otro día… Vaya, no quiero fastidiarte la tarde contando anécdotas desagradables. Pero una cosa te aseguro: el día que la vieja se esfume lo celebraré en grande.

—Te comprendo, Nat… Pero no debes irritarte así, quizá la

pobre señora tenga ya poco tiempo de vida, no deberías…

—¿Tía Rose? —Gruñó Nat—. Tendrías que conocerla, amor. Es una vieja antipática, altanera y pesada, sin duda. Pero además de eso tiene una salud que para mí la quisiera. Esa vive treinta años más como si tal cosa. O sea que yo tendría sesenta y cuatro… Bonita edad para empezar a disfrutar de una fortuna. Eso, suponiendo que no me muera antes que ella… Cosa que no me sorprendería. Seguro que tía Rose me entierra a mí.

—Sí que es mala suerte…

—¿Mala suerte? Es una sucia jugada del destino, mi amor. ¿Te imaginas lo que podría hacer yo con varios millones de dólares? Menuda vida. Maldita sea, de buena gana retorcería el pescuezo a la vieja.

—¿Le… retorcerías… el pescuezo?

—Ejem… Bueno, es un modo de hablar, mujer… No te asustes. Pero no digas que no hay motivos para enfurecerse, varios millones al alcance de la mano, y una vieja que no quiere morirse.

—Podrías retorcerle el pescuezo —sugirió Lucy, sonriendo.

Nat se echó a reír, y Lucy le imito. El policía dio unos cariñosos golpecitos en la mano de la muchacha.

—Me alegra que tengas sentido del humor, chiquita. Aunque eso de retorcerle el pescuezo a una vieja está muy mal visto… He leído novelas policíacas en las que los parientes «apresuran» el largo viaje del tío ricachón para cobrar la herencia, y hasta a veces, me he entretenido ideando el crimen perfecto. Por divertirme, ¿eh? Pero, amorcito, he llegado a una conclusión: el crimen siempre se paga.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que por perfectamente que yo lo planease todo, tengo la seguridad de que, más pronto o más tarde, la policía descubriría la verdad. De lo contrario, ¡raaaasss! —Se pasó el dedo por la garganta —. Tía Rose ya estaría hace tiempo en el panteón familiar.

—Nat… Supongo que… que estás bromeando…

—Pues… Sí, claro. Son bromas mías. Oye, ésta es una conversación tétrica, y el lugar es más tétrico todavía, muñequita. Vamos a largamos de aquí, si te parece.

—Bueno. ¿Adónde quieres ir?

—No sé. Tú vives cerca, según me has dicho. Debes conocer mejor que yo estos lugares. ¿Qué sugieres? Algún sitio donde

podamos divertirnos un rato, charlar de cosas agradables… Ya sabes.

—No hay por aquí sitios así. Tendríamos que ir a Nueva York.

Nat Palmer frunció el gesto.

—Me fastidia Nueva York, amor. Estoy harto de ella. Pero, si no hay más remedio… ¡Pist! —Chascó dos dedos mirando al camarero.

—Supongo que has venido en coche —musito Lucy.

—Claro.

—¿Y cómo lo haremos? Yo también he traído el mío…

—Pues lo dejas ahí, nos vamos a divertirnos, y a la vuelta lo recoges. ¿Vale?

—Sí, está bien.

Llegó el camarero y dejó un papelito sobre la mesa Nat lo miró, asintió con la cabeza, y dejó un billete sobre la mesa.

—Deme también un paquete de cigarrillos, con lo otro. Veo que tienen estropeada la máquina.

Señaló la máquina automática de paquetes de cigarrillos. El camarero se puso en marcha hacia el mostrador, impávido. El policía apartó la silla de Lucy Andrews y le puso unas llaves en la mano.

—Espérame en el coche —lo señaló por la ventana—. Tengo que recoger algo, amorcito.

—Como quieras.

Lucy salió del parador y Nat la estuvo mirando hasta verla entrar en el coche. Para entonces, tenía a su lado al camarero, con el paquete de cigarrillos y la botella de champaña.

—No está muy frío —dijo, alzando la botella—. Como hace poco que la puse en…

—¿Dónde está el teléfono?

El camarero lo señaló. Nat tomó la botella y los cigarrillos, y se fue al aparato. Perfecto: desde su coche no se veía aquel lugar del local. Metió unas monedas, marco un número.

—¿…?

—¿Eres tú, Percy? Ponme inmediatamente con tía Rose. Pronto.

Arrancó la tira de celofán del paquete de cigarrillos, se colocó uno en los labios, lo encendió…

—¿…?

—Hola, tía Rose. ¿Cómo estás?

—…

—Me alegro. Escucha…

—¿…?

—No Pasa nada, por ahora. Pero quiero que me escuches con mucha atención, y que, «inmediatamente» hagas lo que te voy a decir. Lo primero de todo será decirle a Percy que si alguien se interesase por esta llamada lo diga que fui yo quien la hizo, sino alguien que no sabe quién es, por conferencia. Ése es el punto uno. Y ahora, el punto dos, importantísimo: vas a ordenar que te preparen inmediatamente un par de maletas.

—¿…?

—Sí, sí; tienes que salir de viaje.

—¡…!

—Por favor, tía Rose; ahora te está hablando el policía, no tu divertido sobrino, ¿de acuerdo?

—…

—Muy bien. Eres encantadora. Sigo con el punto dos: con ese par de maletas, vas a salir de viaje, pero sola, sin chófer, sin nadie… Tú tendrás que conducir. Simula en todo momento una gran prisa, mucha preocupación, y deja entender entre la servidumbre que esta llamada es de un familiar de una amiga; esa amiga tuya que está enferma, gravísima, y te han avisado. No digas qué amiga es, ni adónde vas. Simplemente desapareces de Nueva York. ¿Está claro?

—…

—Magnífico… ¿Qué?

—¿…?

—Oh, donde quieras. Puedes ir a un hotelito elegante, cerca de la playa, o en la montaña, donde prefieras. Siempre, sin comunicárselo a nadie. Excepto a mi jefe. En cuanto llegues a tu destino llamas por teléfono al capitán Heston, le dices que eres mi tía y donde estás Eso es todo. ¿Lo harás?

—…

—Eres una tía adorable —rió Nat—. Y ahora, adiós.

Colgó, salió del parador, y segundos después entraba en su coche, alzando la botella de champaña con gesto malicioso.

—Tararíiiii… —cantó—. La tenía pedida, pero parece que me hice demasiadas ilusiones.

—¿A qué te refieres? —sonrió Lucy.

—Pues… viviendo tan cerca como vives, pensé que podríamos pasarlo mejor que en ningún sitio en tu casa. Supongo que ésa ha sido una ilusión mía aún mayor que el fallecimiento repentino de tía Rose.

—Nat…, he estado pensando sobre eso estos minutos Y… casi me das miedo.

—¿Miedo? —Alzó las cejas Nat.

—Bueno, es que… me ha parecido que… que realmente deseas la muerte de tu tía y que, y que… que serías capaz de cualquier barbaridad… si tuvieses la seguridad de que la policía no podría descubrirte.

Nat Palmer estuvo contemplando fijamente, muy serio, durante unos segundos, a Lucy Andrews, que parecía más jovencita, cándida y asustada que nunca.

—Bien —musitó al fin el policía—. Supongo que vas a horrorizarte no poco, muñequita, pero te aseguro que si eso pudiese ser, habría muchas muertes muy… convenientes en todo el mundo, de pronto, en un par de días.

—Pero tú… ¿lo harías?

—¿Si la policía no pudiese descubrirme jamás? —musitó Nat.

—Oh, claro, contando con eso, sí.

—Bueno… Oh, vamos, dejemos esta conversación Lucy. Vamos a divertirnos. Podemos…

—¿Lo harías?

—¿Qué pasa contigo? —Gruñó el policía, molesto al parecer—. ¿Has acudido a esta cita para hacerme un examen psiquiátrico, o para pasar una noche divertida?

—Yo creo que sí lo harías —deslizó quedamente Lucy—. ¿Verdad que sí?

Nathaniel Palmer frunció el ceño, fija su hosca mitrada en los bonitos ojos azules de Lucy Andrews. Se removió inquieto, puso en marcha el coche y masculló, mirando hacia delante:

—Sí… Creo que sí lo haría. Y si ya estás contenta, dejemos este asunto. Así que vamos a…

—Podríamos ir a mi casa.

—¿Cómo? ¿Ahora sales con ésas?

—Es que tu idea me ha parecido buena, Nat. Podemos ir a mi chalet, bailar allí, solos, sin nadie que moleste… Una botella de

champaña se bebe muy agradablemente, a solas.

—Seguro —sonrió Nat—. Seguro, amor. ¿Hacia dónde?

—Oh, iremos en mi coche, y yo conduciré. Tú puedes dejar el tuyo aquí. Mi casa está cerca.

—Pero ya estamos en mi coche…

—No, no. En el mío.

—Muy bien. ¿Qué más da? Vaya… ¿Sabes una cosa? Quizá te compre una enciclopedia, después de todo.

Capítulo IX

La música seguía sonando, pero ellos no bailaban. Estaban abrazados, en el centro del *living* besándose. Y por cierto que la muñequita sabía hacerlo. Lo estaba demostrando cumplidamente. Ya casi era de noche. El principio de una noche que prometía ser feliz. Desde que habían llegado al pequeño chalet habían empezado a bailar y a besarse, y no cabe duda de que ése era un buen comienzo.

Fue Lucy quien tuvo que apartar, la boca, casi bruscamente.

—Me… me ahogas, Nat…

—Tendrías que practicar atletismo —susurró él acariciándola—. Eso aumenta la resistencia pulmonar, de modo que los besos pueden ser más largos.

—Lo pensaré —prometió ella, dulcemente—. Tus ideas siempre son buenas, querido.

—¿Verdad que sí?

La volvió a besar, a fondo. Ella lanzó un gemidito, y se apartó, desasiéndose de sus brazos, riendo.

—Acabarás por asfixiarme si sigues así… Ya debe estar fría.

—¿Dices que estás fría?

—Yo no —volvió a reír Lucy—. La botella.

—Oh, sí: el champaña. Bien… ¿La destapamos ya?

—Me gustaría beber champaña ahora.

—¿No sería mejor después de…?

Ella miró hacia la ventana que daba al jardín, donde se veía la negrura de la noche cerrada.

—Mejor ahora. El champaña alegra mucho y predispone a… la felicidad.

—Es cierto —parpadeó él, como sorprendido—. Es cierto. Pero,

mi amor: ¿por qué no te pones algo más cómoda?

—Estoy bien así…

—No, no, no, no, amorcito… Para beber champaña hay que hacerlo como es debido: o vestidos de etiqueta en un lugar elegante, o vestidos sin ninguna clase de etiqueta en la intimidad.

—Pero yo no…

—Insisto. Vamos, mi amor, sé complaciente…

La volvió a abrazar, la besó en una orejita y Lucy suspiró.

—Está bien… Iré a ponerme cómoda.

—Eso tiene otra ventaja: que ahorra tiempo después —guiñó un ojo Nat—. ¿No te parece?

—Sí. Vuelvo en seguida.

—Yo iré a la cocina a sacar la botella del congelador. Nos encontraremos aquí —miró humorísticamente el reloj— dentro de dos minutos y medio.

Se echaron a reír los dos. Lucy entró en el dormitorio y Nat miró vivamente a todos lados, apenas ella hubo desaparecido. Fue hacia la repisa de la chimenea y se quedó mirando seriamente las fotografías que había allí, enmarcadas. En una de ellas, se veía un matrimonio joven, ella era bastante bonita, y él parecía un hombre inteligente. A la derecha de esta fotografía había la de un muchacho de unos catorce años, muy hermoso, sonriente, equipado magníficamente para jugar al base-ball, en airosa postura, alzando el bate como si de un momento a otro fuese a golpear la pelota. Al otro, la fotografía era de una jovencita de doce años, muy bonita, extraordinariamente parecida a la mujer de la fotografía del centro. Llevaba indumentaria de bailarina de *ballet*, estaba de puntillas, en una clásica actitud de danza… Las dedicatorias de las fotografías de ambos muchachos estaban dedicadas a sus padres, que obviamente eran los del centro.

Visto esto, Nat salió del *living*, abrió la puerta del armario del pasillo de la casa, casi en el vestíbulo, y se quedó mirando lo que había allí dentro; entre otras cosas, algún bate de base-ball, un viejo guante de cuero unos patines… Un par de raquetas de tenis, algunos viejos palos de golf…

Ya no necesitaba ver nada más.

Silenciosamente, fue a la cocina. Lo primero que hizo fue quitarse la pistola enfundada de la cintura, la guardó, con funda siempre, en un bolsillo de la chaqueta. Se abrochó el cinturón, luego la chaqueta, y abrió el refrigerador. Sacó del congelador la botella de champaña, sonriendo secamente. Claro que ya estaba fría. Media hora en un congelador enfría hasta a un oso polar. Abrió varios armaritos hasta encontrar las copas, tomó dos, y salió de la cocina.

—¿Amor? —llamó.

—¿Sí, Nat? —Llegó la voz de Lucy.

—Han pasado ya dos minutos.

—Salgo en seguida, querido.

De nuevo una sonrisa seca, dura, en los labios del policía. Por su parte, no había inconveniente: llegaría en aquel juego tan lejos como la muñequita quisiera.

Colocó la botella en una mesita cerca de la chimenea, también las copas. Luego, se quitó la chaqueta, y la dejó sobre el sofá, cuidadosamente, de modo que la pistola quedase en la parte inferior. Regresó junto a la mesita, tomó la botella, y comenzó a quitarle la envuelta, mirando las fotografías de la pareja joven y de los dos muchachos.

—¿Quiénes son? —Alzó la voz.

—¿Qué dices, amor? —preguntó Lucy aún en el dormitorio.

—Las fotografías de estas personas… ¿Quiénes son?

—Oh, son unos amigos… En realidad, la casa es de ellos, pero están fuera, y me pidieron que me cuidase de la casa.

—Entiendo. ¿Dónde vives tú, entonces?

—En Nueva York. En un apartamento.

—¿Dónde está ese nidito?

Se quedó esperando la respuesta. Se volvió, con la botella en las manos, y casi se le cayó. Tuvo que sujetarla con fuerza, mientras sus ojos se abrían desmesuradamente.

—¡Ca… ra… coles! —exclamó al fin.

Lucy Andrews se apoyó en el quicio de la puerta, alzando un bracito.

—¿Te gusto? —bisbiseó dulcemente.

—Fiuuu… —Silbó Nat.

—Supongo que eso quiere decir que si, amorcito mío.

—Vayaaa… Mira, nena, insisto en que podemos dejar el champaña.

—Tranquilízate —rió ella, acercándose, moviéndose igual que una odalisca—. ¡Tengo una sed!

Nat Palmer la abrazó, de un manotazo.

—Y yo también, pero… de amor. Déjate de champaña y tonterías.

—Nat: eres malo. Eres malo conmigo, y serás muy malo con tu tía Rose, si pudieras esfumarla sin complicaciones. ¿Verdad que sí?

—Dime un modo de hacerlo, y tú y yo seremos millonarios, muñeca. Te daría…

—De momento me conformo con una copa de champaña… No seas bruto, suéltame.

Nat frunció el ceño. Se apartó, se aflojó la corbata, y carraspeó.

—Ejem, ejem… De acuerdo. Cada cosa a su tiempo. Ahora toca champaña, de modo que…

Destapó al fin la botella, sirvió en dos copas, y tendió una de ellas a la jovencita alegre.

—Por nosotros —brindó ella.

—Eso. Y por la Stanton Encyclopedia.

Lucy Andrews se echó a reír. Luego, entre deliciosas risitas, bebió media copita de champaña. Nat la tomó de un bracito y la llevó al sofá. La sentó, se sentó a su lado, y le rodeó la cintura con un brazo.

—Fíjate qué fresco está el champaña —dijo.

La besó en los labios, pero también los de Lucy estaban fresquitos. Ella se apartó, riendo.

—Vas a derramar el champaña, mi amor.

—Bueno: luego podemos beber
«Coca-Cola»…

Afuera, ahora que ya no había música se oyó claramente la llegada de un coche. Nat alzó la cabeza, y miró hacia la ventana. Tras el suave frenazo, se oyó un instante el zumbido de un motor, luego el silencio absoluto.

—Estaría bueno que los dueños de la casa regresasen en este momento —gruñó.

—Sería terrible porque la deshabillé que llevo es de la mujer.

—Te compraré diez docenas mejores que ésta. Esperemos que

quien sea no venga aquí.

¡Ding-dong!, sonó el timbre de la puerta.

—Pues vienen aquí —rió Lucy.

—Maldita sea… Desde luego, no vamos a contestar, que se vayan al infierno.

—No se puede ser tan descortés, querido. Iré a abrir.

Se levantó ágilmente, dejó la copa, y salió del *living*. Nat sonrió fríamente, bebió otro sorbito de champaña y se arrellanó en el sofá, cerca de su chaqueta. Oyó abrirse la puerta, unos susurros, unos pasos… Lucy Andrews reapareció detrás de ella, dos hombres, de mediana edad, serios, elegantes, sobrios, impecables. Nat Palmer actuó a la perfección, respingó, se enderezó, y acabó por ponerse en pie, entre desconcertado e irritado.

—¿Qué pasa? —masculló.

—La gran oportunidad de tu vida, amor —sonrió Lucy—. Iré a vestirme. La comedia terminó ya.

—¿La…? No te entiendo… ¿Qué?

—Señor Palmer —dijo sosegadamente uno de los recién llegados —. Dentro de muy poco, usted podrá llevar a feliz término su… amistad con Lucy. Por el momento, le rogamos que nos escuche a nosotros.

Nat estuvo mirando a Lucy hasta que ésta desapareció en el dormitorio. Luego, miró hoscamente a los dos caballeros.

—No tengo nada que tratar con ustedes.

—Se equivoca. ¿A cuánto asciende la fortuna de su señora tía?

—Asciende… ¿Qué les importa eso a ustedes?

—Siéntese, por favor. Y escúchenos con gran atención durante unos minutos. Se lo rogamos. ¿Un cigarrillo?

El hombre le tendió una elegante pitillera de piel, y Nat tomó maquinalmente un cigarrillo aceptando también la llamita del encendedor del sujeto. El otro fue a por la botella de champaña, sonrió obsequiosamente, y escanció burbujas en la copa de Nat. Luego, ambos se sentaron tras acercar sendos sillones. Nat fumó, bebió un sorbo de champaña y mientras tanto, iba mirando de uno a otro, como desorientado y desconfiado.

—Repetiré la pregunta, señor Palmer, ¿a cuánto asciende la fortuna de su señora tía?

—Oigan, no tengo por qué…

—Por favor… Sabemos que usted es su administrador. ¿Cuál es la cuantía de sea fortuna?

—¿Acaso son ustedes del fisco? —Gruñó Nat.

—Por favor, no… —rieron los dos—. Somos unas personas que podemos darle una gran satisfacción, se lo aseguro. ¿A cuánto asciende esa fortuna que usted administra?

—Bueno… Algo más de siete millones de dólares.

Los dos sujetos cambiaron una alegre mirada. El que llevaba la voz cantante asintió con la cabeza, muy complacido, evidentemente.

Bonita cantidad. ¿Le parece bien al cincuenta por ciento?

—¿Al qué?

—Al cincuenta por ciento; tres millones y medio para usted, y la misma cantidad para nosotros.

—No entiendo nada.

—Señor Palmer; el hecho de que esté usted aquí, con Lucy, significa que nosotros estamos pisando terreno firme. Ella busca a nuestro cliente, lo sonsaca, y, si comprende que nuestro cliente está dispuesto a aceptar las condiciones, lo trae aquí… o al lugar que se elija en cada ocasión. Su presencia aquí, pues, nos dice bien claramente que usted vería con gran complacencia que su tía fuese… eliminada.

Nat los miró, muy abiertos los ojos. Miró también hacia la puerta del dormitorio, de nuevo a los dos hombres. De pronto, su boca se plegó en un gesto duro, y sus ojos se entornaron.

—Ahora comprendo todo lo de Lucy… Su desmayo, su…

—Sabemos que usted lo comprende todo ahora. Y repetimos: si Lucy lo ha traído aquí es porque está… casi convencida de que usted aceptará heredar mucho antes de lo que podía esperar. ¿Correcto?

—Ésa… esa granuja me ha estado sonsacando para…

—Exacto, desde luego. Bien, ¿nos repartimos esa herencia? No estará usted dispuesto a esperar. No es mala oferta. Naturalmente, usted puede rechazarla, pero piense que su señora tía, si no la… deterioramos un poco, puede vivir todavía muchos años: diez, doce, quince quizá…

—Y treinta —masculló Nat—. Su salud es de acero.

—Pues más a nuestro favor. Vamos, vamos… No estará

dispuesto a esperar treinta años para heredar siete millones. ¿Acaso no sería mejor disponer muy pronto de tres y medio? Nosotros eliminamos a su señora tía y usted se convierte automáticamente en millonario… Y sin esperar treinta años, señor Palmer.

—Es una buena oferta —sonrió el otro.

El policía parpadeó, lentamente.

—Pero habría que… hacer desaparecer a tía Rose.

—Eso corre de nuestra cuenta.

—Ustedes están locos —jadeó Nat—. No, no… La policía… Ya le dije a Lucy que yo mismo lo haría, pero sé que el crimen siempre se paga.

—Tonterías… Frase de novela, señor Palmer. El crimen no siempre se paga.

—Usted es quien dice tonterías, amigo —gruñó Nat—. Puede que mi frase sea de novela, pero…

—Aclaremos: ¿Usted aceptaría si nosotros le explicamos cómo lo vamos a hacer, y se convence de que jamás, nunca, nunca, ni la policía ni nadie podrá demostrar nada?

—Sí… Aceptaría. Pero…

—Sin peros, señor Palmer. Veamos… Su señora tía debe firmarle con frecuencia documentos, facturas, órdenes de venta… Cosas así, ¿no?

—Claro.

—¿Ella lee lo que firma?

—Nunca. Sabe que todo lo que hago y decido está bien.

—¡Magnífico! —El sujeto abrió el portafolios y sacó unos pliegos impresos, que depositó en la mesita—. La próxima vez que ella tenga que hacer unas firmas, usted colocará estos documentos entre los demás. Y no se irá para volver en otro momento a recoger los documentos firmados, sino que se quedará con ella hasta que lo haya firmado todo. Y naturalmente, le impedirá que lea nada. ¿Comprende?

Nat asintió con la cabeza. Tomó los pliegos de sobre la mesa, y lo primero que hizo fue mirar al encabezamiento: Long Life for Deceased.

—Pe… pe… pero est… esto es del… del Jardín de los Difuntos.

—Sí. Es un contrato para que el cuerpo de su señora tía sea crionizado. Es un proceso que…

—Ya conozco eso, más o menos. Y sé que dos caballeros han visitado a tía Rose para proponerle… ¿Eran ustedes?

—No, no. Aquéllos eran otros, que no tienen nada que ver con nosotros. Digamos que eran auténticos representantes del Jardín de los Difuntos.

—¿Ustedes no lo son?

—No exactamente. Pero, si conseguimos la firma de su tía, este contrato, por supuesto, irá a parar a los ficheros de las oficinas del Jardín de los Difuntos. Es decir, que su tía será crionizada, y toda su fortuna pasaría a ser administrada por la corporación.

—¿Toda?

—Por supuesto. Pero, al mismo tiempo, usted recibiría tres millones y medio de nosotros.

—¿Me creen un idiota? —gritó Nat—. ¡Si la fortuna…!

—Señor Palmer, nosotros somos gente seria. Usted puede, si tiene ese mal gusto, llamamos asesinos, pero no informales. Usted recibiría lo convenido. Podemos darle cualquier clase de garantía que usted quiera exigir al respecto.

—Bien… No sé… O sea, que el Jardín de los Difuntos tiene estos… métodos para conseguir fortuna de las personas que se niegan a la primera oferta, ¿no?

—Digamos que la corporación no sabe nada de esto.

—Pero si el dinero va a parar a ella…

—Eso sí. Pero todo esto no ha sido tramado por la corporación, sino por una persona.

—¿Una persona de dentro de la corporación?

—Pues… sí. Sí… en efecto.

—¿Y qué gana esa persona? Si el dinero va a parar a la cuenta del Jardín de los Difuntos… ¿Qué gana esa persona?

—No debe preocuparse por ese detalle.

—Pero si no gana nada…

—Olvide eso, señor Palmer.

—Bien… No sé… ¿Quién es esa persona?

Los dos hombres sonrieron amablemente, pero con evidente frialdad.

—Un gran cerebro, señor Palmer. Pero, perdónenos, no estamos autorizados a decírselo a usted ni a nadie.

—Pero es que no comprendo por qué lo hace si no gana nada en

el asunto.

—Le insistimos en la súplica de que olvide ese detalle. Piense en las conveniencias de usted exclusivamente. ¿Acepta nuestra oferta?

Nat Palmer se pasó la mano por la frente, con un gesto tenso, angustiado… Sus ojos fueron hacia la puerta del dormitorio, donde acababa de aparecer Lucy Andrews ya vestida de calle, con su bolsito y todo. Parecía tener prisa, pero se acercó a su copa, bebió lo que quedaba, y se quedó mirándolo con amable ironía. Los tres miraban expectantes.

—No sé… ¡Es muy peligroso!

—En absoluto.

—¿Cómo… cómo la matarían?

—Con un veneno indoloro, fácil de tomar… y poco menos que fulminante. No tardaría ni un par de horas en fallecer.

—Pe… pero la autopsia…

—Bah, bah, bah… No habría autopsia, señor Palmer. En primer lugar, porque el Jardín de los Difuntos se haría inmediatamente cargo del cadáver. Y a ninguno de nuestros clientes se le puede practicar la autopsia, por expreso deseo del propio finado. Además, estaría usted, que, como familiar, podría denegar el permiso… Cosa que haría de todos modos, naturalmente. ¿O no?

—Sí… ¡Naturalmente, sí!

—Como ve, es el crimen perfecto. Absolutamente perfecto. Nadie podría demostrar nada jamás. La corporación se queda el cadáver, nosotros con nuestra parte, y usted con la suya. Así de sencillo.

—Lo parece, es cierto… ¡Parece tan fácil!

—Lo es, señor Palmer.

—¿Y quién… quién envenenaría a tía Rose…?

—Usted.

—¡No! ¡Ni hablar! ¡Con eso no cuenten! ¡Ustedes han dicho que se encargarían de eso!

—No sea infantil. Sólo tiene que verter el veneno que nosotros le proporcionaremos en el café de su señora tía, o en lo que ella beba… ¿Nunca le sirve usted alguna bebida?

—Claro que sí, pero…

—Es sencillísimo… Usted vierte el veneno, ella lo ingiere, usted se va poco después… Y cuando ella muere, usted está en su

apartamento. Lo llaman desde la casa de su señora tía. Acude allí, llaman al médico de la familia, éste dice que efectivamente está muerta, probablemente de un ataque cardíaco, y… eso es todo. Sin autopsia. Sin posibles investigaciones. Sin riesgos… Vamos, vamos, señor Palmer… Recuerde: tres millones y medio de dólares contantes y sonantes inmediatamente después de la muerte de su señora tía…

—¡Dejen de llamarla señora tía! Están… están hablando de asesinarla y… y al mismo tiempo la tratan verbalmente con una exquisitez que… que me pone los pelos de punta.

—Nosotros hacemos nuestro negocio, pero no somos unos patanes, señor Palmer. ¿Qué decide?

—No sé… ¡No lo sé!

—Deberías aceptar, amorcito —sonrió fríamente Lucy, que no se había sonrojado, ni mucho menos palidecido, al oír hablar de asesinato—. Te quedas con el dinero, y ¡a vivir! ¿O prefieres esperar a los sesenta y cuatro años?

Nat la miró con expresión furiosa, pero, de pronto, se relajó, se inclinó hacia delante, escondiendo la cabeza entre las manos… Durante más de dos minutos, Lucy y sus dos amigos estuvieron mirándolo, impávidos. El silencio era absoluto.

—De acuerdo —murmuró Nat de pronto, roncamente, sin alzar la cabeza—. Acepto, lo haremos.

—Espléndido —susurró la voz cantante del grupo—. Espléndido, señor Palmer. Las dos partes hacemos un buen negocio, Lucy lo llevará ahora a donde usted quiera. Y no olvide el contrato —sonrió.

—Te llevaré al parador —sonrió Lucy Andrews—. Allí puedes recoger tu coche y volver a Nueva York.

—Sí. —Nat se puso en pie—. Sí, está bien… ¿Cuándo me darán el dinero? Porque si oficialmente, la herencia será para el Jardín de los Difuntos…

—Dentro de muy poco le entregaremos el dinero y el veneno. Y como esperamos que usted ya estará convencido de que jugamos limpio, deberá entregarnos el contrato firmado por su señora tía.

—Está bien.

Alargó la mano hacia su chaqueta, pero el menos hablador de los dos caballeros se apresuró a tomarla, alzándola

obsequiosamente, sonriendo.

—Permítame ayudarle.

—Gracias.

Nat se colocó de espaldas, con los brazos hacia abajo, listo para recibir la chaqueta, pero, pasados unos segundos sin que esto ocurriese se volvió, intrigado, alzando las cejas. El caballero que se había ofrecido a ayudarle lo miraba fijamente, con la cabeza ladeada, entinados los ojos, inmóvil… excepto su mano, que daba pequeñas sacudidas a la chaqueta, sopesándola.

—¿Qué ocurre? —musitó el otro, sorprendido.

Sin contestar el amable caballero palpó expertamente la chaqueta de Nat Palmer, hasta encontrar lo que buscaba; la justificación de aquel inusitado peso en una prenda ligera, de entretiempo. Metió la mano en un bolsillo, y sacó la funda con la pistola. Su compañero miró vivamente a Nat mientras Lucy Andrews lanzaba una exclamación de sobresalto.

—Sorprendente, señor Palmer… ¿Es costumbre en usted ir armado?

CAPÍTULO X

El policía sonrió de la manera más tonta que pudo conseguir.

—No, no… Casi nunca, realmente…

—Pero sí en esta ocasión… ¿Por qué?

—Psé… No sé… ¿Qué importa?

—El revólver en sí, nada, ciertamente. Pero lo normal sería que usted llevase la funda en su cinturón, con el arma. ¿Por qué en un bolsillo?

—No sé… La cogí del cajón de mi cómoda, la guardé en el bolsillo… ¡Vaya una pregunta tonta!

—Quizá. Pero… ¿no será que usted la llevaba en el cinturón, y cuando se dispuso a quitarse la chaqueta prefirió esconder la pistola en un bolsillo para que Lucy no la viera?

—Qué tontería…

Los tres personajes lo miraban fijamente, con una seriedad inquietante. Nadie parecía atreverse a moverse. Por fin, el que tenía la pistola de Nat miró al otro.

—Llama. Dile esto de la pistola. A mí no me gusta, pero quiero evitar tomar decisiones teniendo un cerebro más inteligente al que acudir.

El otro fue al teléfono, lo descolgó, se volvió de espaldas y comenzó a marcar un número.

—Escuchen —farfulló Nat, adelantando un paso—. Esto es una…

—Quieto, señor Palmer. O le disparo con su propia pistola. No se mueva ni un paso más.

Nat se pasó la lengua por los labios. Lucy Andrews lo miraba fijamente, ahora desconcertada. El del teléfono comenzó a hablar:

—Hola. Estamos en la casa. Palmer ha aceptado, pero le hemos encontrado una pistola encima. Parece que quería evitar que Lucy

la viera.

—Sí, sí, ha aceptado. No en seguida, pero ha aceptado. Todo ha ido bien, pero esto de la pistola…

—Bien… de acuerdo. Lástima.

Colgó y se volvió, lentamente. Su mirada se clavó en el agente del Police Department, que había palidecido ligeramente.

—Lo lamento, señor Palmer, pero parece que consideran que esto es demasiado importante para correr riesgos. Usted ha estado husmeando por el Jardín de los Difuntos, se han interesado por la corporación sonsacando a la doctora Fisher… Nuestro… cerebro considera que vale más perder tres millones y medio que correr riesgos con usted. Este detalle del arma, es peligroso.

—¿Sospechoso de qué? —musitó Nat—. Mucha gente lleva…

—Pero no la esconden, ni antes han dado pasos, que meditándolo bien, pueden ser sospechosos, como digo. Quizá sea usted un policía, quizá no, pero nuestro cerebro rechaza sistemáticamente, definitivamente, el más pequeño riesgo. Lo lamento.

—Pero… ¡están locos! ¿Qué piensan hacer?

El del teléfono miró a su compañero.

—Mátalo. Con su propia arma.

—Bien.

—Yo me voy —dijo Lucy tranquilamente.

Comenzó a caminar hacia la puerta, pero, ciertamente, no fue ella sola quien se movió.

En realidad, se movió antes Nathaniel Palmer.

Su presunto asesino ni siquiera había tenido tiempo de sacar el pequeño revólver de la funda cuando ya el policía estaba en el aire, efectuando un salto prodigioso hacia él, fue tan inesperada y fulminante su reacción que Lucy lanzó un chillido de espanto, y echó a correr decididamente hacia la salida. El que había hablado por teléfono también gritó, pero su reacción fue mucho más peligrosa para Nat: metió la mano bajo el sobaco izquierdo, sacó la pistola…

Mientras tanto, el otro se había sobresaltado tanto también que en su frenético intento de adelantarse a la acción del hombre del PD casi perdió el revólver… Y exactamente en el momento en que las cosas estaban así, el atlético y atractivo Nat Palmer, ya

decididamente abandonada su actitud de *playboy* caía sobre él, en un encontronazo tremendo, fortísimo, que hizo gritar de nuevo al hombre que tenía su revólver.

El arma saltó por el aire, ya fuera de la funda, mientras el policía y el elegante asesino caían al suelo, en una pirueta espectacular. Agarrados ambos, giraron en el aire describiendo el movimiento de una rueda en marcha, de tal modo que Nat cayó de espaldas, con su enemigo encima.

Pero, al parecer, esto había sido lo calculado por el policía, ya que aprovechó la postura de ambos con una eficacia escalofriante, sus pies se apoyaron en el abdomen del asesino, muy dobladas las piernas, que, apenas la espalda de Nat llegó al suelo, se estiraron, en un seco y elástico gesto; el asesino salió disparado por el aire, pasando por encima de la cabeza de Nat, chillando, manoteando, descompuesta toda su elegante, señorial silueta, directo hacia la chimenea. Dio de espaldas contra el borde alto, en postura de cabeza abajo, rebotó, y cayó a plomo, de cabeza…

Plop.

El chasquido del silencioso disparo brotó del arma que empuñaba el otro, firmemente encarada hacia el policía… Sólo que éste, después de su felina demostración de lucha, no se había quedado quieto, ni mucho menos. Había girado hacia su izquierda, rodando por el suelo, y tal como se había, propuesto, su mano derecha cayó, en uno de los giros, sobre el revólver.

Plop.

Nat Palmer lanzó un grito al recibir el balazo en el brazo derecho, cerca del hombro. Se estremeció, su rostro quedó lívido, pero en una millonésima de segundo, su fortaleza física se sobrepuso a aquel pequeño contratiempo, y una diminutísima fracción de tiempo antes de que el asesino pudiera apretar por tercera vez el gatillo de su pistola, él apretó el de su revólver.

¡*Pack*!

El disparo resonó más fuerte que los anteriores, ya que Nat no había colocado silenciador en su arma, y junto con el disparo, resonó en la casa el alarido del asesino, que saltó grotescamente hacia arriba y atrás, soltando su arma, empujado, alzado también, por el pequeño plomo del 22 que se había hundido en su frente.

Y mientras el recién fallecido personaje rebotaba finalmente en

el suelo, afuera se oyó el rugir fortísimo de un motor, alejándose. El policía miró un instante hacia la ventana, pero su instinto de conservación se sobrepuso a cualquier otro interés. Volvió su desencajado, lívido rostro, hacia su primer enemigo, y lo vio arrodillándose, turbia la mirada, vacilante, pero llevando la mano derecha al sobaco izquierdo.

De un salto Nat se puso en pie, de otro salto, llegó junto al hombre, y de un puntapié en el vientre, lo metió en el hueco de la chimenea, aullando, plegado sobre sí mismo, como doblado por la mitad. Se inclinó, lo asió por la chaqueta, y de un tirón lo sacó fuera. De otro tirón, lo puso en pie. Parecía que el sujeto no tenía ya fuerzas para sostenerse a sí mismo. Pero de pronto alzó violentamente la rodilla, y Nat soltó un resoplido de dolor al recibir el doloroso impacto entre las ingles. Soltó al hombre, retrocedió un paso, tambaleándose, resistiéndose a disparar contra un hombre que no tenía arma alguna en las manos.

Pero el otro no tenía consideraciones de ninguna clase. Se lanzó como una flecha, de cabeza, hacia Nat. Lo alcanzó con un escalofriante topetazo en el pecho, y, en un doble rebote, cada uno salió disparado en una dirección. Nat cayó de espaldas, el otro llegó manoteando al sofá, cayó en él, derribó el mueble, y cayó al otro lado, rodando.

Nat fue el primero en ponerse en pie, jadeando, crispado el rostro por el dolor. Adelantó la mano armada.

—¡No se mueva…!

El elegante asesino había encontrado la pistola de su compañero, la alzó, y disparó contra el policía, que había reaccionado con una rapidez de reflejos fantástica, dejándose caer de rodillas al suelo y apretando a la vez el gatillo de su pequeño revólver.

Mientras la bala disparada por el asesino chascaba por encima de su cabeza, la disparada por Nat pasó rozando el borde del derribado sofá de abajo arriba y dio en la garganta del asesino, que emitió un alarido gutural, alzó los brazos y cayó hacia delante, quedando oculto por el sofá.

El policía se tiró al suelo hacia un lado, y su mirada se clavó en la posición de su enemigo. El pequeño revólver estaba listo para disparar, los brillantes ojos esperaban el nuevo ataque.

Pero no llegó ningún nuevo ataque. Y transcurrido un minuto en

el más denso silencio, Nat Palmer se puso en pie, y se fue acercando al sofá, rodeándole, vigilante, atento…

Precauciones innecesarias.

Apenas ver la postura del asesino, comprendió que no debía temer otro ataque. Acabó de acercarse, le dio la vuelta con un pie, miró sus ojos, abiertos terriblemente, brillantes… También el otro estaba muerto. Con lo cual Nat Palmer no se sintió precisamente feliz. No le gustaba matar, y, en las ocasiones en que no había tenido más remedio que hacerlo, siempre le quedó mal gusto de boca, como si tuviese en ella un puñado de arena amarga.

Hosco el gesto, apagó la luz, se acercó a la ventana, miró al exterior. Vio solamente un coche. El pequeño descapotable de Lucy Andrews había desaparecido, naturalmente, con la muchacha al volante. Volvió a encender la luz, fue a la chimenea, recogió del suelo una de las fotografías enmarcadas que había caído, y la colocó en un sitio. Luego, registró a uno de los asesinos, y encontró en un bolsillo las llaves del coche.

Apagó de nuevo la luz, salió de la casa, y se sentó ante el volante del auto. Por el brazo notaba el cálido y pegajoso contacto de la sangre que brotaba de la herida, pero no hizo demasiado caso. Sabía que la herida no tenía gran importancia, ni siquiera le había tocado el hueso, así que no tenía por qué preocuparse.

Puso en marcha el coche, y se alejó de allí. Apenas cuatro minutos más tarde, detenía el auto junto al suyo, en el estacionamiento del parador The Rabbit. Se apeó, dejando las llaves puestas, y fue hacia el portaequipajes del coche. Lo abrió, sacó de allí un paquete y fue a sentarse ante el volante. Abrió el paquete, dejando al descubierto lo que parecía una caja de baquelita. Alzó una tapa, dejando al descubierto un pequeño panel brillante con dos esferas de cristal y dos botones longitudinales de mando. Movió uno, y en el acto, la aguja de una de las esferas, se movió, con un «raaacc» suave, señalando hacia Nueva York. Luego del aparato comenzó a brotar un continuado «tit tit-tit-tit-tit», mientras la aguja se mantenía en aquella posición.

El policía dejó el receptor de señales en el asiento contiguo, y puso en marcha el coche.

Capítulo XI

Cuando llegó al Jardín de los Difuntos, eran casi las diez de la noche. Le pareció ver las luces de posición de un coche, encendidas, pero, al segundo siguiente, pensó que había sido una alucinación, porque dejó de verlas. Delante, apenas iluminado, estaba el edificio de la corporación. Y detrás de éste, el Jardín, con sus flores y sus muertos.

Sin titubear, Nat dejó su coche cruzado en la salida del aparcamiento privado, apagó todas las luces, detuvo el motor, y tomó la pistola, dirigiendo una última mirada a la esfera luminosa del receptor, que parecía enloquecido; la aguja señalaba hacia delante, inmóvil, y el «tit-tit-tit-tit» era fortísimo. Ciertamente que Nat Palmer no estaba sorprendido de hallarse en el Jardín de los Difuntos.

Apagó el receptor, y todo quedó en silencio. Salió por la puerta izquierda, de modo que el coche se interponía entre él y los otros que se veían estacionados a unas veinte yardas, bajo el tejadillo de plástico ondulado. Rodeó el coche, despacio, siempre fija la mirada en los otros coches. Sólo un par de veces miró hacia la escalinata de acceso al edificio. En el vestíbulo se veía luz, pero no parecía haber nadie allí.

Pegado al muro, fue acercándose a los otros coches, hasta que pudo reconocer el pequeño descapotable de Lucy Andrews. De unos cuantos saltos llegó junto al vehículo, encogiéndose, siempre lista su arma. Pero todo estaba en silencio y en paz. ¿Realmente había sufrido una alucinación? Precisamente las luces que había visto un instante habían señalado la posición del coche de la rubita.

Se deslizó hasta una portezuela, la abrió… y un cuerpo se le vino encima, blandamente. Nat lanzó un respingo, reaccionando de

modo fulminante a la defensiva, pero no era necesario. Lo comprendió muy pronto, casi al instante, dada la blandura, la laxitud de aquel cuerpo que había rechazado bruscamente hacia un lado. Ahora, yacía de bruces en el suelo, junto a él. Lo tomó de un hombro, y le dio la vuelta, sin dificultad. En la penumbra, distinguió claramente el bello dulce rostro femenino, ahora crispado en una mueca de sorpresa y dolor. En el bonito vestido de tarde, sobre el seno izquierdo, destacaba aquella mancha brillante.

Nat Palmer puso una mano en la mejilla de la muchacha.

—Lo siento, Lucy —susurró—. Lo siento de veras. Pero esto no te hubiera ocurrido si te hubieras dedicado, realmente, a vender enciclopedias.

Alzó la cabeza de pronto, vivamente. No podía distraerse ahora. El cuerpo de Lucy aún estaba caliente, y aquel balazo en el corazón demostraba bien claramente que quien la había matado disponía de un arma. Todo estaba clarísimo ahora; Lucy había corrido a avisar a… al cerebro de aquel grupo de que algo iba mal, de que Nat Palmer se había revuelto contra sus presuntos verdugos, y que ella, temiendo su victoria, se había apresurado a escapar. Si Nat Palmer vencía, podía hacer hablar a los dos hombres elegantes, y entonces, convenía huir. Pero, el «cerebro» había tomado sus propias decisiones: había simulado que quería escapar con la muchacha en el coche, pero no era cierto. No… La había matado, para llevársela luego con su propio coche, y dejarla en cualquier sitio… Sí, eso era.

Por eso, al llegar él al Jardín de los Difuntos, había visto las luces del coche encendidas. El «cerebro» se disponía a huir con el cadáver de la muchacha. Cierto: no quería riesgos de ninguna clase.

Pero, si las luces habían estado encendidas al llegar él allí, significaba que el «cerebro» le había visto, las había apagado, había salido del coche, y… debía estar muy cerca, acechando, pistola en mano, listo para disparar contra Nat Palmer.

Fue como una premonición milagrosa. Justo en el momento en que Nat se encogía al pensar esto, en algún lugar brilló como un relámpago rojo, por dos veces… y las dos balas rebotaron con agudo sonido en el descapotable de Lucy Andrews, mientras el policía se tiraba definitivamente de bruces al suelo.

Rodó hasta buscar la protección de otro coche, para salir de la línea de tiro, y, mientras lo hacía, notando un dolor espantoso en el

brazo herido, oyó los pasos precipitados, alejándose. Se puso en pie rápidamente, alzando su arma, mirando hacia la salida, pero no… Claro que no. El «cerebro» no era tan tonto como para cruzar la explanada hacia la salida… Miró hacia la entrada del edificio, y todavía vio la puerta de cristal cerrándose. Sin vacilar, se puso en pie, y corrió hacia allí. Entró en el edificio, y volvió la cabeza hacia la izquierda, al oír las pisadas en aquella parte del pasillo. Tuvo la fugacísima visión de ropa, pero eso fue todo. Echó a correr hacia allí, siempre precedidos por las veloces pisadas de aquella persona a la que aún no había conseguido ver. Dobló otro recodo, y se encontró en la antesala del Jardín. No había nadie allí. Pero la puerta que daba al Jardín de los Difuntos también acababa de cerrarse.

Sin embargo, una puerta se abrió, a su izquierda, y Nat Palmer se volvió como un rayo, alzando la pistola… Su mano se crispó en una sacudida al ver aparecer al muchacho que había conocido cuando visitara el Jardín de los Difuntos acompañado por la doctora Fisher. El muchacho de la bata blanca salía precipitadamente, mirando a todos lados, y lanzó un respingo al ver el revólver en la mano de Nat, y la sangre que empapaba la manga de su chaqueta, y su mano.

—¡No se mueva! —ordenó Nat—. ¡Quieto ahí!

El joven alzó las manos, y se quedó mirando aterrado, con expresión desorbitada al policía, que lo contemplaba con terrible fijeza.

—¿De dónde viene usted? —espetó.

—De… de los… lavabos…

—¿Hay alguien más ahí dentro?

—No… No, señor, no… He oído correr a alguien, y salí por si ocurría algo.

Nat miró velozmente hacia la entrada al Jardín de los Difuntos y luego de nuevo al muchacho.

—Apártese de ahí —masculló—. Vaya hacia su mesa. Y llame por ese teléfono al Police Department.

—¿Al… al…?

—Al PD. Luego, tírese al suelo y no se mueva pase lo que pase. Vamos.

—Sí, sí, señor.

El muchacho se precipitó hacia la mesa, tomó el teléfono, y se dejó caer de rodillas, protegiéndose con el mueblé. Mientras se oía el sonido del disco al girar, comenzaron a oírse sonidos mucho más fuertes. Tanto, que el muchacho alzó la cabeza sobresaltado, mirando hacia la entrada del Jardín de los Difuntos, desorbitados, los ojos. Toda la pared de cristal se estremecía fuertemente, mientras se oían aquellos fortísimos golpes. Dentro del Jardín no se veía absolutamente nada, pues las cuatro luces rojas habían sido apagadas.

—Dios, ¿qué está pasando?

—¿Guardan herramientas de jardinería ahí dentro? —Gruñó Nat.

—Sí… Algunas quedan siempre, claro.

—Llame.

Nat fue hacia la puerta, la abrió sin el menor titubeo, y se lanzó al interior del Jardín de los Difuntos. A través de la puerta y las paredes de grueso cristal llegaba la luz de la antesala, donde el asustado muchacho accionaba de nuevo el disco del teléfono.

El agente del PD se deslizó más hacia el interior del jardín, por entre las plantas, moviéndolas a propósito. Casi en seguida, los fortísimos golpes dejaron de oírse. Nat se colocó de bruces, pegándose todo cuanto pudo a la tierra blanca y húmeda.

—Es inútil —dijo, alzando la voz—. No podrá romper estos cristales con una simple herramienta de jardinería. Está acorralado. Salga con las manos en alto. Hacia la puerta. ¡Vamos, salga! Si no sale será pe…

Plop… plop… plop…

Los fogonazos rojos brotaron de entre una espesa mata de flores, destacando nítidamente, Nat se pegó aún más a la tierra, mascullando furiosamente. No quería volver a matar, pero… Encima de él cayeron pequeñas partículas de hojas y flores, en una lluvia suave, blandísima. Puso una rodilla en tierra, se incorporó.

—Le aviso por última vez.

Plop… plop…

La mano del policía se movió, se crispó el dedo en el gatillo.

¡*Pack*!

La bala salió hacia el lugar donde habían brotado los fogonazos. Se oyó un alarido, un fuerte rumor de plantas removidas. Luego, el

silencio. Un silencio denso, que ya parecía eterno, cuando se oyó la voz, ronca, angustiada, en el lugar adonde Nat Palmer había enviado su bala:

—Me… me estoy muriendo…

—Tire su pistola al pasillo —exigió Nat—. Y le ayudaré.

Silencio.

Nat siguió esperando contestación.

Hubo un nuevo rumor de plantas. Luego, un golpe sordo entre terreno más duro. El policía sacó la cabeza al pasillo y vio más allá el brillo de la pistola. Se puso en pie, recorrió velozmente el pasillo entre plantas y flores, y llegó junto a la pistola con silenciador. La recogió con la mano izquierda, y apuntó con su revólver hacia las flores.

—Está bien —susurró—. Salga de ahí.

—No… No puedo… moverme…

El agente del PD pareció reflexionar durante unos momentos.

El silencio volvió a reinar en el lugar.

Nat apartó las flores, asió las ropas del personaje, y tiró hasta sacarlo al pasillo. La tenue luz dio en el crispado rostro de Joseph Gardiner, el administrador del Jardín de los Difuntos. Sus manos se clavaban en el pecho, donde se había incrustado la bala disparada por el hombre del Police Department, que susurró:

—Gardiner… Bien, no puedo decir que me sorprenda demasiado.

—Me… me muero, me muer… o…

—No se mueva. Pediré una ambulancia.

Salió a toda prisa del jardín, y llegó ante el sorprendido muchacho, que estaba detrás de la mesa, en efecto.

—Una ambulancia, ¡de prisa!

—Sí, señor, sí, señor…

—¿Qué le han dicho en el Police Department?

—Que… que venían… en seguida.

—Bien.

Regresó a toda prisa junto a Gardiner, tras encender las cuatro luces rojas, que dieron una claridad no poco espectral al ambiente. Cuando se arrodilló de nuevo junto a Gardiner, éste tenía los ojos cerrados y respiraba trabajosamente.

—Gardiner.

El herido abrió los ojos.

—Me muero.

—No puedo decir que lo lamente. Es usted un asesino. No sólo de los clientes del Jardín de los Difuntos, sino de los herederos que llegaban a aceptar sus condiciones. La pista me la dieron los casos De Witt y Winslow. Ellos eran parientes de personas crionizadas… Como yo, ellos aceptaron el trato que fueron a proponerle sus enviados. Eliminaban a su pariente que todavía parecía dispuesto a vivir muchos años, la corporación cobraba la herencia para administrarla, y ellos recibían la parte convenida. Pero, como sabían demasiado, poco después de haber cobrado, tenían que ser eliminados. De Witt y Winslow, dos casos interesantes. Carol y Jerry De Witt fallecieron en accidente de coche un mes después de que su sano y robusto abuelo hubiese fallecido inesperadamente. Luego, para silenciarlos a ellos, sus compinches los asesinaron simulando un accidente de coche. Algo parecido ocurrió a Stephan Winslow; murió su tío, dejando toda la fortuna al Jardín de los Difuntos, pero, cosa rara, al poco tiempo, el muchacho tenía dinero en abundancia; la parte que usted le pagaba por envenenar a su tío después de hacerle firmar, sin que éste se diese cuenta, la cesión de su cadáver y fortuna, al Jardín de los Difuntos. Stephen Winslow falleció víctima de un… escape de gas en su cabaña de la montaña, poco después de haber cobrado su parte… ¿No es así?

—Sí, sí… Me… muero…

—Sus hombres arreglaron lo del gas butano, ¿no es cierto?

—Sí… Sí.

—Y como esos dos casos habrá otros… Demasiados, seguramente, pero ahora va a intervenir la policía, Gardiner. Se abrirá una investigación, todo quedará al descubierto.

—Sólo conseguirá… hacer fracasar… los esfuerzos de estos científicos que…, que…

—No. El Jardín de los Difuntos seguirá adelante, se lo aseguro. Pero usted no. Los hombres de Ciencia que están trabajando aquí no tienen culpa de nada. Todo seguirá adelante en ese sentido. Porque, aunque esas fortunas fuesen a parar a la corporación, no me cabe duda de que usted tenía su propio juego. Se lo pregunté a sus amigos; ¿qué ganaba el cerebro si la fortuna iba a parar a la corporación? La respuesta es simple ahora; la corporación la

administra usted, y no me cabe duda de que la ha estado estafando, apoderándose de muchos millones, de muchísimo dinero. Para cuando fuesen a sospechar lo más mínimo, usted habría desaparecido con todo el dinero estafado, dejando atrás muchos asesinatos. Algunos de los cadáveres que han sido crionizados, ciertamente no fueron objeto de asesinato, pero, de todos modos, sus fortunas pasaron a la corporación, es decir, prácticamente, a usted. Pero todo terminó. ¿Cuánto ha robado, Gardiner? ¿Cuánto ha estafado a la corporación?

—A… divínelo. —Rió roncamente, Gardiner.

Nat lo miró, con dureza, con frialdad.

Después, con voz fuerte, segura, el policía dijo a su enemigo:

—Usted no es más que un asesino muy listo. Crímenes perfectos, desde luego. Muy, muy listo, Gardiner. Su capacidad para imaginar este sistema de asesinatos es… admirable. Pero, a fin de cuentas, usted y sus amigos, incluida Lucy, no son más que vulgares criminales, y todavía nadie ha conseguido convencerme de que el crimen es rentable. Siempre paga, Gardiner. Siempre.

—Váyase al… infierno, ma… ma… maldito…

—¿Dónde está el dinero que ha estafado? ¿En Suiza, quizá? ¿Lo tiene escondido en alguna parte? ¿Lo…?

Joseph Gardiner rió más fuertemente, con furia, con ferocidad. Pero la risa le duró poco. De pronto, se crispó aún más, su boca se abrió horriblemente, sus ojos se proyectaron hacia fuera, emitió un ronco gemido, y… eso fue todo.

Nat se apresuró a acercarse a él.

Pero comprendió que no estaba en su mano hacer nada por él.

Poco después, casi al mismo tiempo, llegaron una ambulancia y los hombres del Police Department, bajo la jefatura del capitán Heston.

Reunión importante en el Jardín de los Difuntos.

ESTE ES EL FINAL

La doctora Fisher alzó la cabeza al oír el timbre de la puerta. Quedó pálida, y sus labios temblaron fuertemente un instante, al musitar:

—Dios mío…

Fue a abrir, despacio, como si le costase un gran esfuerzo abandonar su laboratorio. Tiró de la puerta, y se quedó contemplando a aquel ser, que, desde luego, no era un marciano.

—Hola —sonrió Nat Palmer—. ¿Tienes café para un pobre manco?

Movió levemente su brazo en cabestrillo, sin dejar de sonreír. Cornelia Fisher asintió con la cabeza, y se apartó. Nat entró, cerró la puerta, y aprobó con un simpático gesto.

—Apuesto a que esta noche no llevas varios jerseys debajo de la bata.

—Ya… ya funciona la calefacción…

—Oh, sí. ¿Te molesto en tu trabajo?

—No… no… no…

—Menos mal. Quería venir antes, pero he tenido mucho trabajo en la Delegación. Papeleo, ya entiendes. Dos días terribles y aburridos.

—Sí, entiendo. Te… te agradezco mucho que… que no hayas perjudicado al Jardín de los Difuntos.

—La Policía no arremete contra la Ciencia, jovencita. ¿Quieres saber algo? Encontramos una llave en el cadáver de Joseph Gardiner, era de una caja de alquiler. Estaba llena de dinero, y de unos formularios para abrir una cuenta en un Banco de Suiza. ¿Cuánto dinero crees que había estafado al Jardín de los Difuntos

para largarse cuando lo considerase oportuno?

—No sé… Ni me importa.

—Ah… Bien, allá tú. Tía Rose te envía saludos. Me ha dicho que le gustaría conocerte.

—¿Ahora? ¿A las dos de la madrugada?

—No, no… Sabrá esperar.

—Sí, claro… ¿Y por qué quiere conocerme?

—¿Cómo, que por qué? Le he dicho que ibas a casarte conmigo, claro está. ¿O no aceptas?

—Nat, yo… yo tengo que… confesarte algo…

—Pues adelante. Las cosas claras desde el principio, doctora.

—Yo… yo fui quien le dijo a Gardiner lo de tu tía millonaria. Pero te dije que no había sido yo para que sospechases de mí… y me vigilases, o sea que… que estuvieses cerca de mí. Comprendía, por tus visitas tan intempestivas que… que eras lo que parecías, y… me imaginé que eras policía o algo así… Luego, cuando aceptaste la cita conmigo, me convencí de que buscabas algo por mediación mía, pero no me importó. Lo acepté todo, te lo facilité todo… Sólo quería que no te alejases de mí.

—Bueno… —bufó Nat—. Esto sí que es bueno. ¿Tienes algo más que confesar?

—No… Nada que pueda molestarte, me parece. Si no estás molesto conmigo, podemos… casarnos ahora mismo. Hay un pastor cerca de mi casa, y…

—Hijita, sí que corres ahora. Tenemos que sacar la licencia, hacernos los análisis de sangre…

—Oh, no. Ya tengo la licencia aquí, Nat. Y en cuanto a los análisis de sangre, pues… ya los tenemos hechos y aprobados. Cuando… cuando te saqué sangre… era para eso, por si… por si… picabas.

El agente del Police Department quedó estupefacto unos segundos, antes de barbotar:

—Pues vaya con la doctora… Está bien, está bien; voy a irme ahora, así que termina tu trabajo de esta noche y mañana vendré a buscarte para ir a ver a ese vecino tuyo que… ¿Adónde vas?

—¡Ya vuelvo! —gritó Cornelia desapareciendo hacia el interior de la casa.

Reapareció diez segundos más tarde, vestida con seria elegancia,

calzada con zapatos de tacón alto, y llevando un bolsito.

—Ya podemos ir a casarnos, Nat.

—Demonios —aulló el policía—. ¡Sí que te has cambiado de prisa!

—Oh, no. Hace dos noches que te espero, vestida así y con la bata encima y mi maletín de viaje preparado. ¿Nos vamos?

Nathaniel Palmer estaba más que estupefacto, atontado. De pronto, sacudió la cabeza y gruñó:

—Un momento —fue al teléfono y marcó un número, esperó, esperó, y de pronto masculló—. ¿Martin? Soy Nat., Al cuerno; ya sé que son las dos de la mañana. Escucha esto, matasanos: de tonta nada, ¿te enteras? ¡De tonta no tiene ni un pelo!

Colgó de un manotazo, se volvió… y se encontró con Cornelia Fisher entre los brazos, sonriéndole dulcemente. Le echó los brazos al cuello, lo besó en los labios, y mientras Nat Palmer comenzaba a ver estrellas soles y volcanes, todavía tuvo oportunidad de pensar que, desde luego, Cornelia Fisher no tenía ni un pelo de tonta… ¡Vayaaaa…!

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…